

NARRACIONES LITERARIAS
Textos para el análisis y ladiscusión en clase

RAFAEL ACOSTA SANABRIA

CARACAS, 2019

Rafael Acosta Sanabria

NARRACIONES LITERARIAS
Textos para el análisis y la discusión en clase

Segunda Edición

Caracas, 2019



NARRACIONES LITERARIAS

Textos para el análisis y la discusión en clase

Rafael Acosta Sanabria

Universidad Metropolitana,
Caracas, Venezuela,
2019

Hecho el depósito de Ley
Depósito Legal: IF65320128002398
ISBN: 978-980-247-200-0

Formato: 11,5 x 15 cms.
N.º de páginas: 231
Diseño y diagramación:
Ana Gabriela Correa Hernández / anagabrielacorreah@hotmail. com



ÍNDICE

Presentación

La narración literaria es una modalidad discursiva que se usa para contar una historia, una leyenda, un mito, una crónica, una fábula, un cuento, una novela, un poema o una noticia, con unos personajes reales o ficticios. Las narraciones literarias no sólo posibilitan el conocimiento de la realidad histórica y cultural de una nación determinada, sino que tienen también un carácter formativo. Por esta razón, al seleccionar los textos que incluimos en este libro, además de su valor literario, hemos tenido en cuenta su utilidad para promover la reflexión crítica y el diálogo en aquellos temas de especial relevancia cultural, social y educativa.

En el presente volumen, se incluyen obras de autores venezolanos, unos conocidos y otros anónimos, encuadrados en diversas regiones del

país, que dan a conocer costumbres y valores propios de la cultura mestiza venezolana. La riqueza de estas narraciones es indudable; todas ellas expresan de un modo especialmente intenso la realidad venezolana en sus diversas manifestaciones; son historias, leyendas, cuentos, mitos y fábulas de un profundo contenido humano.

La identificación con la propia cultura, la que hemos heredado de nuestros padres, forma parte de nuestro ser. Se ha dicho muchas veces que, para construir el futuro de nuestras naciones, es necesario el reencuentro con los grandes ideales y la reivindicación de los principios de conducta individual y colectiva que devuelvan la fe en la capacidad y potencialidad de los seres humanos para introducir cambios significativos en su concepción del mundo y de la vida y, por consiguiente, en sus formas de conducirse en el quehacer cotidiano.

Para lograrlo, es imprescindible superar el pesimismo y las actitudes de pasividad y resignación, porque, además de resultar

inadmisible, ello produce una sensación de incapacidad e inmovilidad que conduce a un estado de frustración e indiferencia, cuya consecuencia inevitable es la profundización y alargamiento de la crisis de valores y de identidad que sufre el mundo de hoy.

Es necesario, también, conocer y recuperar, si fuese necesario, los valores y pensamientos de los autores que, de una manera u otra, han expresado nuestra manera de ser y nuestra realidad. Como lo expresó en su momento uno de los grandes pensadores venezolanos, Augusto Mijares, debemos fomentar lo afirmativo que tenemos para poder ver más allá de nuestras limitaciones y construir un mundo mejor.

Por esta razón, presentamos en este texto lecturas de autores venezolanos que, de formas muy diversas, nos han dado a conocer las riquezas intelectuales y morales nuestra manera de ser. Esperamos que estas narraciones muevan a los lectores, individual y colectivamente, a reflexionar sobre los múltiples temas que aparecen en estos textos.

Estamos convencidos que las narraciones literarias constituyen un instrumento educativo de especial relieve, porque inducen a la reflexión crítica de los personajes, de la historia y de los hechos que se narran, y facilitan la asunción y desarrollo de los valores en el ser humano.

Para alcanzar el objetivo que nos proponemos, que no es otro sino fomentar y desarrollar la inteligencia y los valores humanos en los lectores–niños, jóvenes, adultos…-, sugerimos seguir la siguiente estrategia pedagógica en el caso que la lectura de estas narraciones se haga en grupo, sea en talleres organizados específicamente, como en sesiones o reuniones en grupo: 1º) El facilitador (o uno de los asistentes, si así se desea) lee el texto seleccionado completo; los demás siguen la lectura con su propio texto. 2º) A continuación, el facilitador hace una segunda lectura más pausada, deteniéndose cada vez que considere que hay una idea, un valor, una actitud, una virtud, un principio o un hecho que deba ser

analizado en profundidad, haciendo las preguntas necesarias a los asistentes, como hacía Sócrates con sus discípulos, sin dar su opinión, sino repreguntando para favorecer la reflexión de los asistentes y sus intervenciones. Ello exige fomentar la participación de los asistentes para que expresen con libertad su parecer, exigiendo que esté siempre fundamentada y hagan otras preguntas si lo consideran necesario.

Sócrates utilizó la mayéutica (término que proviene del griego *maieytiké*, que significa alumbramiento o arte de ayudar a parir), como método de enseñanza. La función del educador para Sócrates, en analogía al parto de un niño, es dar a luz las ideas. Según este filósofo, el conocimiento está latente en la mente de toda persona (como el niño o niña está latiendo dentro del vientre de su madre) y el maestro sólo debe ayudar a parirlo.

La mayéutica consiste esencialmente en un diálogo entre el educador y el alumno, y se realiza en dos etapas: en la primera, el educador se acerca al educando y formula una pregunta,

aparentemente para su propia información. Continúa con otras preguntas, hasta que su interlocutor se ve obligado a confesar su desconocimiento sobre el tema en discusión. En la segunda, una vez que el educando ha reconocido su ignorancia, el educador hace sucesivas preguntas, cada una de las cuales saca a la luz algún aspecto del tema, e incrementa el conocimiento del alumno.

El objetivo de la mayéutica, por tanto, no es enseñar conceptos y abstracciones, sino educir los valores, conocimientos y principios que subyacen en la mente de cada persona, quien aprende cuestionando aquello que creía saber. Es un método, por tanto, que desafía permanentemente el pensamiento del alumno y del educador, porque éste debe estar abierto al aprendizaje, ya que el diálogo con sus alumnos pone a prueba sus propios conocimientos.

A través de la mayéutica, se aprende enseñando y se enseña aprendiendo. Todo ello implica que la función del educador no es transmitir

conocimientos al alumno, sino ayudarle a extraer (*educere,* educir, sacar) de sí mismo el conocimiento, mediante el diálogo y la interrogación. El método de la mayéutica se complementa con el desarrollo de la capacidad de análisis y de los demás procesos mentales que poseen los participantes. En este sentido, es importante recalcar que todos los procesos mentales están interrelacionados, y cualquiera de ellos que sea estimulado, pone en acción a todos los demás: cuando la mente analiza, o relaciona, al mismo tiempo está poniendo en actividad la memoria, la lógica, la síntesis, la abstracción, etc.

Al final de cada narración hacemos unos comentarios que brotan de la lectura del texto seleccionado y cuyo objetivo es llamar la atención sobre aquellas ideas que consideramos importantes, sin que esto signifique que la discusión deba centrarse exclusivamente en ello. Cada grupo y cada persona podrán analizar las ideas y plantear los problemas que consideren

oportunos.

Deseamos que este texto contribuya positivamente en la extraordinaria tarea de ayudar en la formación de las personas, especialmente en el área geográfica latinoamericana.

Dueño de la luz

(Mito Warao)

Anónimo

«En un principio, la gente vivía en la oscuridad y sólo se alumbraba con la candela de los maderos. No existía el día ni la noche. Había un hombre warao con sus dos hijas que se enteró de la existencia de un joven dueño de la luz. Inmediatamente llamó a su hija mayor y le ordenó ir hasta donde estaba el dueño de la luz para que se la trajera. Ella tomó su mapire y partió. Pero eran muchos los caminos y el que eligió la llevó a la casa del venado. Lo conoció y se entretuvo jugando con él. Cuando regresó a casa de su padre, no traía la luz; entonces el padre resolvió enviar a la hija menor.

La muchacha tomó el buen camino y tras mucho caminar llegó a la casa del dueño de la luz. Le dijo al joven que ella venía a

conocerlo, a estar con él y a obtener la luz para su padre. El dueño de la luz le contestó que le esperaba y ahora que había llegado, vivirían juntos. Con mucho cuidado abrió su torotoro y la luz iluminó sus brazos y sus dientes blancos y el pelo y los ojos negros de la muchacha. Así, ella descubrió la luz y su dueño, después de mostrársela, la guardó.

Todos los días el dueño de la luz la sacaba de su caja para jugar con la muchacha. Pero ella recordó que debía llevarle la luz a su padre y entonces su amigo se la regaló. Le llevó el torotoro al padre, quien lo guindó en uno de los troncos del palafito. Los brillantes rayos iluminaron las aguas, las plantas y el paisaje.

Cuando se supo entre los pueblos del Delta del Orinoco que una familia tenía la luz, los waraos comenzaron a venir en sus curiaras a conocerla. Tantas y tantas curiaras con más y más gente llegaron, que el palafito

ya no podía soportar el peso de tanta gente maravillada con la luz; nadie se marchaba porque la vida era más agradable en la claridad. Y fue entonces que el padre no pudo soportar tanta gente dentro y fuera de su casa que de un fuerte manotazo rompió la caja y la lanzó al cielo.
El cuerpo de la luz voló hacia el Este y el torotoro hacia el Oeste. De la luz se hizo el Sol y de la caja que la guardaba surgió la Luna. De un lado quedó el Sol y del otro la Luna, pero marchaban muy rápido porque todavía llevaban el impulso que los había lanzado al cielo, los días y las noches eran muy cortos.

Entonces el padre le pidió a su hija menor un morrocoy pequeño y cuando el sol estuvo sobre su cabeza se lo lanzó diciéndole que era un regalo y que lo esperara. Desde ese momento, el Sol se puso a esperar al morrocoy. Así, al amanecer, el Sol iba poco a poco, al mismo paso del morrocoy».

Comentario

Los mitos expresan siempre una realidad e imparten una enseñanza. En este caso, podemos pensar que la luz a la que se refiere la narración es el conocimiento, que ilumina nuestra inteligencia y nos ayuda a vivir como verdaderos seres humanos.

La oscuridad es la ignorancia, que, como repitió tantas veces Simón Rodríguez, Maestro del Libertador Simón Bolívar, es la peor de todas las esclavitudes. Por tanto, enseñar, instruir o educar, es la misión más sublime que un ser humano puede tener.

Guardar o esconder la luz es una injusticia, un absurdo; porque la luz (el conocimiento, la verdad…) nos pertenece a todos, es un patrimonio de la humanidad.
Por tanto, tenemos el deber de enseñar a otros. Pero enseñar no significa imponer las ideas ni los conocimientos, sino proporcionar los datos o la información necesaria para que cada persona

desarrolle con libertad y autonomía su propio pensamiento. La luz no se impone, se descubre con intención, con esfuerzo y con decisión.

La educación está en función de la vida humana. Por ello, la educación puede entenderse como humanización de la vida o, si se quiere, como un proceso de humanización para los individuos. Humanizar la vida equivale a dar a la vida carácter humano; y como el carácter humano le viene de la existencia del conocimiento, es decir, de la posibilidad que el ser humano tiene de saber qué es lo que debe hacer, por qué debe hacerlo y cómo debe hacerlo, en el fondo hablar de humanización de la vida viene a ser tanto como aludir a la proyección de la cultura en la existencia del ser humano. La educación es una forma de vivir que prepara al ser humano para vivir cada vez más humanamente. Es la capacitación para responder a todas las exigencias de la vida humana.

La Dientona

(Leyenda)

Anónimo

«Un hombre que dice haber tenido un encuentro con la Dientona, aseguró que una noche en la que se encontraba paseando, se topó con una dama muy sugestiva. Lo curioso era que ésta no se dejaba ver.

El hombre extrañado le preguntó:

- ¿Por qué ocultas tu cara? La mujer no respondió.

Seguro de no haberla visto nunca antes, se interesó por conocer el lugar de origen de esta misteriosa mujer.

- ¿En dónde vives?

- Ella respondió con voz cálida y suave:

- Muy pronto lo sabrás.

Caminaron varias cuadras, hasta llegar al Cementerio. De repente la mujer gritó:

- Esta es mi casa.

En ese momento volteó el rostro hacia su acompañante, dejando ver una dentadura tan feroz, que parecía un estuche de puñales.

El hombre huyó, y mientras corría tropezó con un caballero que estaba recostado a una pared. No lo conocía, pero procedió a contarle todo lo que le había sucedido, pues la pena comunicada alivia.

Al hacer referencia a los enormes dientes de la aparición, el hombre preguntó con una expresión por demás sarcástica:

- ¿Y serían como estos?

Nuevamente aparecieron ante el hombre, unos filosos dientes que no desmerecían en lo absoluto a los de la mujer. El hombre corrió despavorido hasta llegar a su casa y reflexionó preso del insomnio. La Dientona le había jugado una mala pasada, pero,

además, lo había convencido de los peligros que acechan a los que les gusta trasnocharse».

Comentario

Cumplir los deberes y obligaciones exige renuncia y compromiso. La vida humana no se reduce a vivir «alocadamente», *olvidando que somos responsables, ante nosotros, ante la sociedad y ante Dios, de nuestras acciones y omisiones. No vivimos solos ni para nosotros mismos exclusivamente; los demás esperan nuestro compromiso y nuestro accionar esforzado para alcanzar el bien de todos.*

Nuestra condición humana nos exige actuar siempre con un profundo sentido de responsabilidad, tanto individual como social; cada uno de nosotros tiene el deber de intervenir activamente, con sentido positivo y constructivo, en la comunidad en que vive y se desarrolla como persona. Como es evidente, ello supone que nos sintamos urgidos por alcanzar el bien personal y colectivo.

Sin embargo, tenemos que superar ciertas actitudes que impiden o dificultan nuestra

actuación responsable en la sociedad: La pasividad, que nace de no querer comprometernos en la búsqueda de soluciones para los distintos problemas que afronta la sociedad; la indiferencia, que se manifiesta en un desinterés pronunciado por los demás y por la comunidad en general; el egoísmo, que lleva a preocuparnos exclusivamente de lo que nos produce algún rédito a nivel individual; el pesimismo, que nace porque pensamos que "no hay nada que hacer", que los acontecimientos se desarrollarán porque así lo ha dispuesto el destino, olvidando que cada uno construye su propia vida, a pesar de las presiones externas; la frivolidad, que lleva a descuidar nuestras obligaciones personales, a desvalorizar nuestro trabajo, nuestras amistades y nuestras funciones y a no profundizar en las causas de los conflictos sociales, por falta de estudio y de profundidad en las investigaciones que se requieren; y, finalmente, la corrupción moral, que nos lleva a tolerar el mal y las injusticias sin mayor escrúpulo, a invertir el orden de los

valores, concretamente al predominio de los intereses personales por encima de todos los demás, especialmente de los valores sociales, morales y religiosos.

La vida humana tiene verdadero sentido cuando se desarrolla en sociedad, con los demás, cuando nos sentimos involucrados en el bien de cada persona y de la sociedad en su conjunto.

La creatividad

(Fábula)

Natalio Domínguez

«Don Peridáctilo, campesino y autodidacta, que todo lo había aprendido con su propio esfuerzo y sin maestros, era un inventor, que sin conocer nada de la ciencia de la Invéntica y de la Creatividad Aplicada,
de continuo exprimía su mente para enriquecer la realidad y hacer más fácil la vida de los hombres.

Él había inventado una técnica especial que llamaba “de Relación Analógica”. Bueno, inventar, inventar… Este nombre lo había inventado para él y se lo había regalado el cura de la parroquia que lo admiraba y venía todas las tardes a charlar con él.

Relacionaba entre ellas las cosas diversas, las unía, las separaba, y siempre se encontraba al

final, con un invento útil.

Cierto día se le ocurrió buscar una analogía entre un tubo y un motor eléctrico. Y resultó que el motor podía hacer el vacío del aire por medio del tubo, si se constituía en una unidad. Había inventado la “chupadora eléctrica”.

Pero siguió adelante. Colocó el tubo cerca de un montón de basura, prendió el aparato, y la basura salió por el otro lado del tubo. Le adicionó una bolsa para recoger la basura, y así tenía inventada la que llamó “escoba eléctrica”.

Pero se encontró con que ya estaba inventada y registrada en la ciudad, y que la vendían con el nombre de “aspiradora”.
Se dirigió, entonces, a relacionar su invento, por analogía, con su propio oficio de campesino. Quitó la bolsa del otro lado del tubo, alargó éste con una manguera, y desde el arroyo chupó al agua hasta la siembra de hortalizas. Había inventado la “extractora de agua”.

Aunque se enteró de que ya existía en la ciudad, donde la llamaban “bomba impelente” dio por bueno su invento, con el cual unas veces riega y otras veces limpia la casa.

Pero, sobre todo, siente una gran satisfacción de tener su cabeza funcionando veinticuatro horas cada día. Porque soñando también inventa aparatos que, al despertar, se le olvidan».

Comentario

La creatividad es una actitud constante de búsqueda de alternativas diferentes y originales en la actuación cotidiana. Pero la creatividad no es un don poseído por unos pocos, sino una propiedad que todas las personas tienen, en mayor o menor grado.

La noción de creatividad está íntimamente unida a la de originalidad. En la medida en que el origen de alguna realidad está en la actividad de una persona, se atribuye a ella la cualidad de creador. Por ello, ser original es tanto como ser creador; originalidad y creatividad son, en realidad, la misma cosa.

La creatividad se manifiesta especialmente en la solución nueva de un problema que se presenta, y esto aparece como un signo de progreso. Pero es importante tener en cuenta que no se puede realizar una obra creadora sin un

previo aprendizaje; y ello porque la creatividad del hombre exige una especial capacidad de conexión y de relación, y, necesariamente, una actitud de apertura hacia el mundo circundante; y, además, porque la actividad creativa es el resultado de la convergencia de conocimientos, de la capacidad combinatoria y de la finura en la percepción de las cosas y de los problemas. La mera espontaneidad no lleva a la creatividad: la ignorancia no produce. Aunque la capacidad creativa puede ser innata, sin embargo, no puede realizarse si no se da, antes o al mismo tiempo, un aprendizaje, ya sea por medio de la enseñanza o a través de la experiencia vital. La sociedad necesita de hombres y mujeres creativos, originales, capaces de inventar, innovar y transformar la realidad, porque una sociedad que carezca de ello es una sociedad paralizada, anquilosada, sin futuro. Pero no se trata de inventar por inventar; la creatividad debe tener sentido social; si no fuese así, se transformaría en una mera expresión de individualismo. ¡Nuestros inventos deben ser

útiles a la humanidad!

El auto

(Cuento)

Julio Jáuregui

«Francisco soñaba con poseer toda una flota de carros último modelo. Envidiaba a los Emires de Arabia Saudita que coleccionaban carros nuevos como mujeres en un harem. Estudiaba los catálogos donde se precisaban todos los detalles de línea, colores, cambio de faros, palancas, y sistemas electrónicos. Se detenía durante horas frente a las hileras relucientes de automóviles de las grandes concesionarias.

Tenía un buen trabajo. Ahorró durante años, se privó de casi todas las distracciones y pequeños placeres y logró finalmente comprarse un hermoso carro de línea aerodinámica y color fulgurante.

Fue un día donde le faltó espacio para almacenar tanta felicidad. Toda su existencia parecía ahora descansar sobre los asientos

de su automóvil. Su piel cobraba una extraña sensibilidad cuando tomaba el volante, acariciaba la palanca o su mano se posaba suavemente sobre la tapicería.

Era como vivir un sueño, transitar un espacio fantasmagórico. Empezó, entonces, la transformación de la casa. Los ángulos de las paredes recubiertos de espejos de diversos tamaños. El techo como una bóveda profunda y múltiple. Los corredores ampliados hacia el infinito y todos tapizados de espejos de múltiples curvaturas y colores. Desaparecieron las puertas, las ventanas, la escalera.

No quedó sino un extraño laberinto fraccionado y huidizo donde los espejos multiplicaban cualquier imagen hasta el infinito.

En el centro de ese universo de refracción, estaba el flamante carro como un astro luminoso y galáctico. Ya no era uno, ni diez, ni dos mil, era un mundo infinito de carros

extendiéndose hacia el horizonte o la bóveda celestial. Y en el punto crucial de esa galaxia, Francisco extasiado y desafiante, dueño finalmente de todos los millares de carros que siempre había soñado poseer.

Fue un largo desvarío feliz que duró días y noches, al margen de cualquier necesidad rutinaria. Sin embargo, un día Francisco sintió la necesidad de salir, de reincorporarse, de despertar. Empezó a recorrer las largas hileras de automóviles, pero no halló ninguna puerta, ninguna salida. Trató de calcular, de buscar con la imaginación, pero solamente encontró ese incansable oleaje de carros relucientes e imperturbables. La angustia se fue estrechando como una máscara opresiva pero el laberinto mantuvo su secreto de puerta cerrada.

Cuando los familiares notificaron la desaparición de Francisco, la Policía Técnica no sabía por dónde empezar

la investigación ni por dónde entrar en su casa. Cuando finalmente llegaron al laberinto, no lograron explicarse cómo pudieron caber tantos carros en una casa tan pequeña».

Comentario

El afán de poseer está siempre presente en la vida humana; en ocasiones, como en este cuento de Garmendia, somos capaces de sacrificarnos hasta el límite para conseguir objetos que satisfagan nuestras ambiciones; sin embargo, el sacrificio hecho, en este caso, es inútil. ¿Por qué no somos tan generosos cuando se trata de sufrir por un ideal verdaderamente humano? La historia humana está repleta de personas heroicas que han dado incluso su vida por un ideal. Pero también han existido individuos que no han hecho otra cosa que vivir para ellos, sin pensar en los demás ni en la comunidad a la que pertenecieron.

Se esmeraron en alcanzar ambiciones personales, olvidando que sólo cuando se vive y se piensa teniendo en cuenta a los demás, puede el ser humano alcanzar su plenitud y su realización. El heroísmo es necesario sobre todo cuando el motivo que nos lleva a vivir de ese

modo vale la pena. Pero el heroísmo verdadero está en transformar los deseos en realidades y las ideas en hechos, en acciones concretas.

Pero no debemos olvidar, como enseña el filósofo romano Séneca, que "sólo en la fortuna adversa se hallan las grandes lecciones del heroísmo".

Existen dos tipos de heroísmo: el que lleva a realizar hechos extraordinarios en circunstancias determinadas por una razón de peso: el amor a una persona, a la patria, a la comunidad, a la fe… y el que se manifiesta en la vida entera, cumpliendo nuestros deberes ordinarios de cada día con esfuerzo y constancia. El primero puede que nunca lo experimentemos; el segundo, en cambio, lo podemos vivir muchas veces a lo largo de nuestra vida.

Nuestra vida, por tanto, está llena de actos heroicos; sobre todo lo experimentamos cumpliendo nuestros deberes, a pesar de las dificultades reales que encontramos.

El dueño del fuego

(Mito)

Anónimo

«Cerca de donde nace el Orinoco vivía el Rey de los caimanes llamado Babá. Su esposa era una rana grandota y juntos, tenían un gran secreto ignorado por los demás animales y los hombres. Estaba guardado en la garganta del caimán Babá. La pareja se metía en una cueva y amenazaban con la pérdida de la vida a quien osara entrar, pues decían que dentro había un dios que todo lo devora y sólo ellos, reyes del agua, podían pasar.

Un día la perdiz, apurada en hacer su nido, entró distraída en la cueva. Buscando pajuelas encontró hojas y orugas chamuscadas, como si el fuego del cielo hubiera estado por ahí. Probó las orugas tostadas y le supieron mejor que cuando las comía crudas.

Se fue aleteando a ras del suelo para contarle todo a Tucusito, el colibrí de plumas rojas. Al rato llegó el Pájaro Bobo y entre los tres urdieron un plan para averiguar cómo hacían la Rana y el Caimán para cocer tan ricas orugas.

Bobo se escondió dentro de la caverna aprovechando su oscuro plumaje. La rana soltó las orugas que traía en la boca al tiempo que Babá abría la suya, que era tremenda, dejando salir unas lenguas rojas y brillantes. La pareja comía las orugas sin percatarse de Bobo, tras lo cual, se durmieron satisfechos. Entonces, Bobo salió corriendo para contarles a sus amigos lo que había visto.

Al día siguiente se pusieron a maquinar cómo arrebatarle el fuego al caimán sin quemarse ni ser la comida de los reyes del agua. Tendría que ser cuando éste abriera la tarasca para reír. En la tarde, cuando todos los animales

estaban bebiendo y charlando junto al río, Bobo y la perdiz colorada hicieron piruetas haciendo reír a todos, menos a Babá. Bobo tomó una pelota de barro y la aventó dentro de la boca de la rana, que de la risa pasó al atoro. En el momento que el caimán vio los apuros que pasaba la rana, soltó la carcajada.

Tucusito, que observaba desde el aire, se lanzó en picada, robando el fuego con la punta de las alas. Elevándose, rozó las ramas secas de un enorme árbol que ardió de inmediato.

El Rey caimán exclamó que, si bien se habían robado el fuego, otros lo aprovecharían y los otros animales arderían, pero Babá y la rana vivirían como inmortales donde nace el gran río.

Dicho esto, se sumergieron en el agua y desaparecieron para siempre.

Las tres aves celebraron el robo del fuego, pero ningún animal supo aprovecharlo.

Los hombres que vivían junto al Orinoco se apoderaron de las brasas que ardieron

durante muchos días en la sequedad del bosque, aprendieron a cocinar los alimentos y a conversar durante las noches alrededor de las fogatas. Tucusito, el pájaro Bobo y la perdiz colorada se convirtieron en sus animales protectores por haberles regalado el don del fuego».

Comentario

La solidaridad es un don muy apreciado, que tiene sus raíces en la generosidad, que es la virtud de dar; no se trata de dar a cada uno lo suyo, lo que le corresponde, propio de la justicia, sino de ofrecerle al otro lo que es nuestro y le falta al otro. La solidaridad es una actitud que lleva a descubrir las exigencias y necesidades de los demás, moviendo a las personas a actuar de un modo desinteresado, por amor. La solidaridad supone adherirse y ayudar al otro, especialmente en lo que respecta a sus necesidades, y lleva a la comprensión, a la colaboración y a la confianza.

¿En qué se fundamenta la solidaridad? ¿Por qué debo ser solidario? Responder estas preguntas es importante. Los valores no se imponen, se descubren y se hacen vida propia por medio de la virtud; por tanto, la solidaridad, valor que nace del amor a los demás, se convierte en hábito (en virtud) sólo cuando procuramos vivirla con todas las personas y en todas las circunstancias de la

vida, porque, como tantas virtudes y valores, la solidaridad no admite excepción: se es o no se es solidario con el otro o los *otros.*

La loca de Ejido

(Leyenda andina)

Anónimo

«La leyenda cuenta que, en una hacienda de la antigua Villa de Ejido, Mérida, vivió Lorenzo, un muchacho de veinte años, quien al morir su padre se convirtió en el heredero de todos sus bienes.
En el medio de la hacienda y a la orilla del camino había una casita de tejas y paja, que estaba oculta entre los ceibos. Allí vivía Marta, una hermosa muchacha que todas las tardes esperaba que Lorenzo regresara de sus viajes al pueblo.

Para los padres de ellos esto nunca fue un secreto, ya que Marta y Lorenzo se veían desde niños. Inclusive, ambas familias disfrutaban haciendo planes para la futura boda de sus hijos.

Una tarde como cualquier otra, Lorenzo llegó a su acostumbrado encuentro, pero ese día las cosas no salieron como de costumbre.

¿No podrás ir, Marta? -dijo Lorenzo, después de estrechar dulcemente la mano de su prometida.

No, Lorenzo, es imposible; mi mamá ha seguido enferma.

¡No te vayas, Lorenzo, por Dios, no te vayas! Todos los años hemos ido juntos a Mérida, y no tengo valor para quedarme aquí sola por varios días, creyendo oír a cada instante las pisadas de tu caballo y buscándote en vano por las vueltas del camino. ¡Ah, qué triste debe ser este campo cuando tú estés lejos! Marta, -dijo Lorenzo enjuagándose las lágrimas de su rostro- tú sabes que no puedo quedarme, que debo ir forzosamente a Mérida con mi madre.

Luego de besarla, Lorenzo se apartó de su amada, tomó su caballo y partió desdibujándose entre los árboles y la oscuridad de la noche.

Transcurrieron tres días, y llegó el 26 de marzo de 1812. Repentinamente, en las calles abarrotadas de gente en Mérida, se estremeció la tierra de una manera espantosa.

Las construcciones se derrumbaron y espesas nubes de polvo se apoderaron de toda la atmósfera del lugar. Las casas que el terremoto no había logrado derrumbar, estaban desiertas y sombrías, mientras una multitud se refugiaba en las plazas pidiéndole misericordia a Dios.

Al enterarse, Marta salió de su casa corriendo, perdiendo sus alpargatas y destrenzándose el pelo. La noche llegó, pero no fue impedimento para que la

muchacha llegara a la ciudad.

Al observar los escombros, Marta lanzó un grito de horror:

¡Lorenzo!... ¡Lorenzo!

Nadie la veía, nadie la escuchaba. Pero ¿cómo podría ser escuchada entre tantos gritos y lágrimas?

De repente, allí estaba la madre de Lorenzo, sentada sobre un promontorio de ruinas y con la mirada perdida, poseída por el espanto.

Marta se acercó hasta ella. Lorenzo había sido sepultado por lo que había sido el templo de San Francisco, y allí estaba, bajo las ruinas.

Los ojos de Marta adquirieron una expresión extraña. No gritó, no lloró. Aquella niña frágil que siempre había estado acostumbrada a una vida dulce y apacible amaneció junto a las ruinas en donde había quedado su

vida. Parecía que su inmenso dolor la había petrificado.

Después de ese día, todos los años, en semana santa, se veía una mujer recorriendo las calles de Mérida, seguida por un grupo de niños. Era joven, pero en su rostro se reflejaba locura, hambre y dolor.

Aquella mujer era Marta, la infortunada joven, víctima de una pasión tan profunda como inocente, llevada por la mano del

destino hasta la muerte».

Comentario

A veces las cosas no salen como queremos. No podemos olvidar que la vida transcurre en medio de obstáculos; hace falta afrontarla con fe y decisión, aunque no entendamos por qué existen las dificultades: Si no hubiese dolor, no habría gozo; si no hubiese tristeza, no habría alegría, si no hubiese derrotas, no habría triunfos; si no existiese la noche, no existiría el día…

¿Cómo debemos comportarnos ante las dificultades? Si acudimos al ámbito deportivo, como una comparación, podemos descubrir el comportamiento que debemos tener. Un deportista, cuando tiene una competición por delante, está tenso, *preocupado, porque sabe que ha llegado el momento de afrontar la realidad a la que ha venido preparándose. ¿Qué hace, entonces, el deportista? Fomentar la actitud necesaria para no ser superado por la competición y, más concretamente,*

intensificar la práctica del deporte correspondiente, sin dejarse someter a la presión de las circunstancias (por ejemplo, el público adverso, el nerviosismo, el espíritu de competitividad, etc.).

Pero el buen deportista no se queda allí: procura reaccionar ante la competición adoptando una actitud de agresividad (bien entendida, es decir, como una respuesta al desafío de la situación), y no de simple defensa, manteniendo en la mente la meta positiva, que no es otra que la de ganar la competición.

El deportista, además, necesita aprender a valorizar en sus verdaderas perspectivas los momentos de especial intensidad de la competición, con el objeto de no crearse problemas con nimiedades o reaccionar como si cada pequeño desafío fuera a constituir un asunto de vida o muerte. Si aplicáramos este proceso en nuestra vida cotidiana, seguramente obtendríamos resultados positivos y superaríamos con más eficacia las dificultades

que nos afectan.

El diente roto

(Cuento)

Pedro Emilio Coll

«A los doce años, combatiendo Juan Peña con unos granujas, recibió un guijarro sobre un diente; la sangre corrió lavándole el sucio de la cara, y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua, Juan tentaba sin cesar el diente roto; el cuerpo inmóvil, vaga la mirada –sin pensar. Así de alborotador y pendenciero, tornóse en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeúntes víctimas de las perversidades del chico, y que habían agotado toda clase de reprimendas y castigos, estaban ahora estupefactos y angustiados con la súbita

transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; mientras, allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, su lengua acariciaba el diente roto –sin pensar.

- El niño no está bien, Pablo –decía la madre al marido-; hay que llamar al médico.

Llegó el doctor grave y panzudo y procedió al diagnóstico: buen pulso, mofletes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

- Señora, -terminó por decir el sabio después de un largo examen-, la santidad de mi profesión me impone declarar a usted…

- ¿Qué, señor doctor de mi alma? –interrumpió la angustiada madre.

-Que su hijo está mejor que una manzana.
Lo que sí es indiscutible –continuó con voz misteriosa-, es que estamos en presencia de un caso fenomenal: su hijo de usted mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar; en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la oscuridad de la boca, Juan acariciaba su diente roto –sin pensar.
Parientes y amigos se hicieron eco de la opinión del doctor, acogida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto en el pueblo todo, se citó el caso admirable del "niño prodigio", y su fama se aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinión general, por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien más, quien menos, cada cual traía a colación un ejemplo:

Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pilluelo desarrapado, Edison, etcétera.

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía, distraído por la tarea de su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto

–sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre juicioso, sabio y “profundo”, y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan. La plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior, entregado a hondas meditaciones, para los demás, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto –sin pensar.

Pasaron meses y años, y Juan Peña fue diputado, académico, ministro, y estaba a punto de ser coronado Presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas y fue decretado un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración a nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar».

Comentario

¡Cuántas veces se repite la historia de Juan Peña! La mediocridad campea por todas partes. Mediocre es aquel que no ha desarrollado a plenitud sus capacidades y se conforma con ser uno más del montón, un regular, un ramplón, un inacabado, un ser que se conforma con poco, que no profundiza, que no se exige ni exige a los *demás.*

La mediocridad se refleja cuando las personas no son coherentes con su pensamiento; cuando no saben afrontar las dificultades y se repliegan en su interior; cuando pactan con el término medio; cuando pierden sus ilusiones y se conforman con el más o menos; cuando aceptan ser manipulados por otros de cualquier forma, aún a costa de su propia dignidad; cuando no son capaces de ser originales; cuando no logran superar la mentalidad de ranchito, a pesar de tener los medios para mejorar su educación; cuando se refugian en lo reglamentado e impiden cualquier avance o

cambio significativo, porque se han quedado rezagados; cuando aceptan las opiniones de los demás sin tamizarlas con su propio juicio; cuando hablan como loros, repitiendo lo que otros han dicho o pensado sin aportar ideas propias; cuando confunden la exigencia con la prepotencia; cuando no reflexionan tomando en cuenta la realidad concreta en la que viven; cuando se conforman con obtener unas credenciales de estudios simplemente para obtener mejoresingresos económicos…

Se puede llegar a ser mediocre por diversas razones. Unas provienen de factores externos y otras de factores internos. Entre los factores externos quizá el más importante es la educación. Si los progenitores son mediocres y no se dan cuenta de ello o no quieren salir de ese estado inacabado, transmitirán a su prole la misma mediocridad, más arraigada aún. Si el niño al llegar a la escuela encuentra mediocridad en los docentes, tampoco superará esta actitud. Si la sociedad en la que vive el individuo es mediocre, éste seguirá las huellas de quienes le

precedieron porque su horizonte será también mediocre. Y así podemos seguir describiendo una larga cadena de mediocridad que llega hasta las más altas esferas de la sociedad.

Hemos que superar la mediocridad. Los venezolanos tenemos todas las potencialidades para ubicarnos en la cima de cualquier actividad humana. Para lograrlo necesitamos cambiar de mentalidad: hace falta que seamos más exigentes con nosotros mismos, que no nos conformemos con generalidades y con proyectos inoperantes, que vivamos inmersos en la realidad que nos rodea, que tengamos sentido de urgencia y de responsabilidad, que dejemos a un lado las actitudes egoístas y disgregadoras.

La Sayona

(Leyenda llanera)

Anónimo

«Esta leyenda originaria de Los Llanos, data de la época colonial; sin embargo, hoy en día, todavía se escuchan “cuentos” de personas asegurando que han sido interceptados en algún camino por esta gélida y espantosa mujer.

Cuentan que un habitante de El Regalo, una noche cuando su esposa dormía, se escapó para visitar a su amante. En medio de su caminata, se sorprendió al ver la figura de una mujer muy elegante, delgada, alta, de pelos y uñas largas que venía tambaleante a su encuentro.

El hombre empezó a correr detrás de ella, pero al llegar a la puerta de la casa en donde vivía la mujer, ésta siguió de largo.

El hombre extrañado:

"¡Pero bueno!, ¿qué pasa?"

Cuando volteó, se encontró con una mujer blanca y con los dientes como un hacha. El hombre salió corriendo y cuando llegó a la puerta de su casa, se encontró con la aparición nuevamente. Esta le extendió los brazos para estrecharlo, y así lo hizo.

Cuando el hombre logró soltarse, entró a su casa y oyó la voz de su comadre que le preguntaba:

"¿Compadre, y qué le pasó?, y éste le contestó:
- ¡Qué buen susto comadre!, dígame, salí un momentico a orinar afuera y me salió esa mujer...
- "Mire compadre, esa es La Sayona.

- ¿No será que usted tiene cosas con otra mujer? Cuídese, yo que le digo..."

El hombre asegura que después de esta experiencia -aunque fue hace mucho tiempo-,

nunca más le quedaron ganas de volverle a ser infiel a su mujer... Así que, si eres uno de esos hombres, que disfrutas pensando que puedes tener varias mujeres, no te descuides, porque puede que un día de estos La Sayona decida hacerte una visita...».

Comentario

La fidelidad es consecuencia del amor y del compromiso que se adquiere al contraer matrimonio. Por tanto, no olvidemos que, si no somos fieles a nuestra pareja, la vida misma se encargará de manifestarnos su inconformidad y su rechazo.

No podemos olvidar que, en el amor, el principio del fin es el día en que se admite la posibilidad de una ruptura. El mismo compromiso de amor es el que nos exige que superemos las dificultades reales que existen en todo matrimonio. Hace falta que cada uno reconozca sus propios defectos y errores, y, a partir de allí, se busquen las soluciones a los problemas.

Romper el compromiso, cualquier compromiso, sin que haya mediado un esfuerzo de unión y de comprensión es una traición. Todo compromiso

exige renuncia y toda renuncia supone el esfuerzo por superar el propio yo y trascender hacia el otro. La renuncia de uno mismo no implica el olvido de uno mismo, sino una actitud positiva de entregarse por amor al otro. Es el amor auténtico, el amor que sólo desea el bien del otro, el que debe guiar nuestras relaciones de pareja en cualquiera de sus manifestaciones.

La I latina

(Cuento)

José Rafael Pocaterra

«¡No, no era posible! andando ya en siete años y burrito, burrito, sin conocer la o por lo redondo y dando más que hacer que una ardilla.

—¡Nada! ¡Nada!— dijo mi abuelita—. A ponerlo en la escuela...

Y desde ese día, con aquella eficacia activa en el milagro de sus setenta años, se dio a buscarme una maestra. Mi madre no quería; protestó que estaba todavía pequeño, pero ella insistió resueltamente.

Y una tarde al entrar de la calle, deshizo unos envoltorios que le trajeron y sacando un bulto, una pizarra con su esponja, un libro de tipo gordo y muchas figuras y un atadito de lápices, me dijo poniendo en mí aquella grave

dulzura de sus ojos azules:
—¡Mañana, hijito, ve a casa de la señorita que es muy buena y te va a enseñar muchas cosas...!

Yo me abracé a su cuello, corrí por toda la casa, mostré a los sirvientes mi bulto nuevo, mi pizarra flamante, mi libro, todo marcado con mi nombre en la magnífica letra de mi madre, ¡un libro que se me antojaba un cofrecillo sorprendente, lleno de maravillas! Y la tarde esa y la noche sin quererme dormir, pensé cuántas cosas podría leer y saber en aquellos grandes librotes forrados de piel que dejó mi tío el que fue abogado y que yo hojeaba para admirar las viñetas y las rojas mayúsculas y los montoncitos de caracteres manuscritos que llenaban el margen amarillento.

Algo definitivo decíame por dentro que yo era ya una persona capaz de ir a la

escuela.

II

¡Hace cuántos años, Dios mío! Y todavía veo la casita humilde, el largo corredor, el patiecillo con tiestos, al extremo una cancela de lona que hacía el comedor, la pequeña sala donde estaba una mesa negra con una lámpara de petróleo en cuyo tubo bailaba una horquilla. En la pared había un mapa desteñido y en el cielo raso otro formado por las goteras. Había también dos mecedoras desfondadas, sillas; un pequeño aparador con dos perros de yeso y la mantequillera de vidrio que fingía una clueca echada en su nido; pero todo tan limpio y tan viejo que dijérase surgido así mismo, en los mismos sitios desde el comienzo de los siglos.

Al otro extremo del corredor, cerca de donde me pusieron la silla enviada de casa desde el día antes, estaba un tinajero

pintado de verde con una vasija rajada; allí un agua cristalina en gotas musicales, largas y pausadas iba cantando la marcha de las horas. Y no sé por qué aquella piedra de filtrar llena de yerbajos, con su moho y su olor a tierras húmedas, me evocaba ribazos del río o rocas avanzadas sobre las olas del mar...

Pero esa mañana no estaba yo para imaginaciones, y cuando se marchó mi abuelita, sintiéndome sólo e infeliz entre aquellos niños extraños, que me observaban con el rabillo del ojo, señalándome; ante la fisonomía delgadísima de labios descoloridos y nariz cuyo lóbulo era casi transparente, de la Señorita, me eché a llorar. Vino a consolarme, y mi desesperación fue mayor al sentir en la mejilla un beso helado como una rana.

Aquella mañana de “niño nuevo” me mostró el reverso de cuanto había sido ilusorias visiones de sapiencia... así que, en la tarde, al volver

para la escuela, a rastras casi de la criada, llevaba los párpados enrojecidos de llorar, dos soberbias nalgadas de mi tía y el bulto en banderola con la pizarra y los lápices y el virginal Mandevil tamborileando dentro de un modo acompasado y burlón.

III

Luego tomé amor a mi escuela y a mis condiscípulos: tres chiquillas feucas, de pelito azafranado y medias listadas, un gordinflón que se hurgaba la nariz y nos punzaba con el agudo lápiz de pizarra; otro niño flaco, triste, ojerudo, con un pañuelo y unas hojas siempre al cuello y oliendo a aceite; y martica, la hija del herrero de enfrente que era alemán. Siete u ocho a lo sumo: las tres hermanas se llamaban las Rizar, el gordinflón José Antonio, Totón, y el niño flaco que murió a poco, ya no recuerdo cómo se llamaba.

Sé que murió porque una tarde dejó de ir,

y dos semanas después no hubo escuela.

La Señorita tenía un hermano hombre, un hermano con el cual nos amenazaba cuando dábamos mucho qué hacer o estallaba una de esas extrañas rebeldías infantiles que delatan a la eterna fiera.

—¡Sigue! ¡Sigue rompiendo la pizarra, malcriado, que ya viene por ahí Ramón María!

Nos quedábamos suspensos, acobardados, pensando en aquel terrible Ramón María que podía llegar de un momento a otro... Ese día, con más angustia que nunca, veíamosle entrar tambaleante como siempre, oloroso a reverbero, los ojos aguados, la nariz de tomate y un paltó dril verdegay.

Sentíamos miedo y admiración hacia aquel hombre cuya evocación sola calmaba las tormentas escolares y al que la Señorita, toda tímida y confusa, llevaba del brazo hasta su

cuarto, tratando de acallar unas palabrotas que nosotros aprendíamos y nos las endosábamos unos a otros por debajo del Mandevil.

—¡Los voy a acusar con la Señorita! —protestaba casi con un chillido Marta, la más resuelta de las hembras.

—La Señorita y tú... —y la interjección fea, inconsciente y graciosísima, saltaba de aquí para allá como una pelota, hasta dar en los propios oídos de la Señorita.

Ese era día de estar alguno en la sala, de rodillas sobre el enladrillado, el libro en las manos, y las orejas como dos zanahorias.

—Niño, ¿por qué dice eso tan horrible? —me reprendía afectando una severidad que desmentía la dulzura gris de su mirada.

—¡Porque soy hombre como el señor Ramón María! Y contestaba, confusa, a mi atrevimiento:

—Eso lo dice él cuando está “enfermo” IV
A pesar de todo, llegué a ser el predilecto. Era en vano que a cada instante se alzase una vocecilla:

—¡Señorita, aquí el “niño nuevo” me echó tinta en un ojo!

—Señorita, que el “niño nuevo” me está buscando pleito.

A veces era un chillido estridente seguido de tres o cuatro mojicones:
—¡Aquí...! Venía la reprimenda, el castigo; y luego más suave que nunca, aquella mano larga, pálida, casi transparente de la solterona me iba enseñando con una santa paciencia a conocer las letras que yo distinguía por un método especial: la A, el hombre con las piernas abiertas —y evocaba mentalmente al señor Ramón María cuando entraba “enfermo” de la calle—; la O, al señor gordo —pensaba en el papá de Totón—; la Y griega una horqueta —como la de la china que tenía

oculta—; la I latina, la mujer flaca —y se me ocurría de un modo irremediable la figura alta y desmirriada de la Señorita...
Así conocí la Ñ, un tren con su penacho de humo; la P, el hombre con el fardo; y la & el tullido que mendigaba los domingos a la puerta de la iglesia.

Comuniqué a los otros mis mejoras al método de saber las letras, y Marta —¡como siempre!— me denunció:

—¡Señorita, el "niño nuevo" dice que usted es la I latina!

Me miró gravemente y dijo sin ira, sin reproche siquiera, con una amargura temblorosa en la voz, queriendo hacer sonrisa la mueca en sus labios descoloridos:

—¡Si la I latina es la más desgraciada de las letras... puede ser!

Yo estaba avergonzado; tenía ganas de llorar. Desde ese día cada vez que pasaba el puntero sobre aquella letra, sin saber por qué, me invadía un oscuro remordimiento.

V

Una tarde a las dos, el señor Ramón María entró más "enfermo" que, de costumbre, con el saco sucio de la cal de las paredes.

Cuando ella fue a tomarle del brazo, recibió un empellón yendo a golpear con la frente un ángulo del tinajero. Echamos a reír; y ella, sin hacernos caso, siguió detrás con la mano en la cabeza... Todavía reíamos, cuando una de las niñas, que se había inclinado a palpar una mancha oscura en los ladrillos, alzó el dedito teñido de rojo:

—Miren, miren: ¡le sacó sangre!

Quedamos de pronto serios, muy pálidos, con los ojos muy abiertos.

Yo lo referí en casa y me prohibieron,

severamente, que lo repitiese. Pero días después, visitando la escuela el señor inspector, un viejecito pulcro, vestido de negro, le preguntó delante de nosotros al verle la sien vendada:

—¿Cómo que sufrió algún golpe, hija?

Vivamente, con un rubor débil como la llama de una vela, repuso azorada:

—No señor, que me tropecé...

—Mentira, señor inspector, mentira — protesté rebelándome de un modo brusco, instintivo, ante aquel angustioso disimulo— fue su hermano, el señor Ramón María que la empujó, así... contra la pared...

—y expresivamente le pegué un empujón formidable al anciano.

—Sí, niño, sí ya sé... —masculló trastumbándose.

Dijo luego algo más entre dientes; estuvo unos instantes y se marchó.

Ella me llevó entonces consigo hasta su cuarto; creí que iba a castigarme, pero me sentó en sus piernas y me cubrió de besos; de besos fríos y tenaces, de caricias maternales que parecían haber dormido mucho tiempo en la red de sus nervios, mientras que yo, cohibido, sentía que al par de la frialdad de sus besos y del helado acariciar de sus manos, gotas de llanto, cálidas, pesadas, me caían sobre el cuello. Alcé el rostro y nunca podré olvidar aquella expresión dolorosa que alargaba los grises ojos llenos de lágrimas y formaba en la enflaquecida garganta un nudo angustioso.

VI

Pasaron dos semanas, y el señor Ramón María no volvió a la casa. Otras veces estas ausencias eran breves, cuando él estaba “en chirona”,

según nos informaba Tomasa, única criada de la Señorita que cuando ésta salía a gestionar que le soltasen, quedábase dando la escuela y echándonos cuentos maravillosos del pájaro de los siete colores, de la princesa Blanca—flor o las tretas siempre renovadas y frescas que le jugaba tío conejo a tío tigre.

Pero esta vez la Señorita no salió; una grave preocupación distraíala en mitad de las lecciones. Luego estuvo fuera dos o tres veces; la criada nos dijo que había ido a casa de un abogado porque el señor Ramón María se había propuesto vender la casa.

Al regreso, pálida, fatigada, quejábase la Señorita de dolor de cabeza; suspendía las lecciones, permaneciendo absorta largos espacios, con la mirada perdida en una niebla de lágrimas... Después hacía un gesto brusco, abría el libro en sus rodillas y comenzaba a señalar la lectura con
una voz donde parecían gemir todas las resignaciones de este mundo:

—Vamos, niño: “Jorge tenía un hacha...”

VII

Hace quince días que no hay escuela. La Señorita está muy enferma. De casa han estado allá dos o tres veces. Ayer tarde oí decir a mi abuela que no le gustaba nada esa tos...

—No sé de quién hablaban.

VIII

La Señorita murió esta mañana a las seis...

IX

Me han vestido de negro y mi abuelita me ha llevado a la casa mortuoria. Apenas la reconozco: En la repisa no están ni la gallina ni los perros de yeso; el mapa de la pared tiene atravesada una cinta negra; hay muchas sillas y mucha gente de duelo que rezonga y fuma. La sala llena de vecinas rezando. En un rincón estamos

todos los discípulos, sin cuchichear, muy serios, con esa inocente tristeza que tienen los niños enlutados. Desde allí vemos, en el centro de la salita, una urna estrecha,

blanca y larguísima que es como la Señorita y donde ella está metida. Yo me la figuro con terror: el Mandevil abierto, enseñándome con el dedo amarillo, la I, la I latina precisamente.

A ratos, el señor Ramón María que recibe los pésames al extremo del corredor y que en vez del saco dril verdegay luce una chupa de un negro azufroso, va a su encuentro y vuelve. Se sienta suspirando con el bigote lleno de gotitas. Sin duda ha llorado mucho porque tiene los ojos más lacrimosos que nunca y la nariz encendida, amoratada.

De tiempo en tiempo se suena y dice en alta voz:

—¡Está como dormida!

X

Después del entierro, esa noche, he tenido miedo. No he querido irme a dormir. La abuelita ha tratado de distraerme contando lindas historietas de su juventud.

Pero la idea de la muerte está clavada, tenazmente, en mi cerebro. De pronto la interrumpo para preguntarle:

—¿Sufrirá también ahora?

—No —responde, comprendiendo de quién le hablo— ¡la Señorita no sufre ahora!

Y poniendo en mí aquellos ojos de paloma, aquel dulce mirar inolvidable, añade:

—¡Bienaventurados los mansos y humildes de corazón porque ellos verán a Dios!...».

Comentario

La ternura es un don especial. Cuando no está presente en nuestras relaciones con los demás, la vida se torna más difícil. La ternura tiene mucho que ver con la compasión; compadecerse de otro, por el motivo que sea, facilita la comprensión y anima a ayudarle. La compasión es una forma de compartir y de participar en las dificultades de los demás con la intención de emprender acciones que les ayuden a superar las condiciones adversas. La compasión no se identifica con «tener lástima», porque no se reduce a observar las desgracias de los demás; la compasión reclama acciones concretas que ayuden al que sufre a superar las dificultades. *Así, por ejemplo, si sabemos que un amigo nuestro está enfermo, nuestra actitud, más que lamentar su estado, debería ser la de estar pendiente de su recuperación, visitándole y animándole cuantas veces sea necesario, transmitiéndole alegría y haciendo lo que sea necesario para ayudarle.*

Con el ejercicio de la compasión, se reafirman otros valores: la generosidad y el servicio, poniendo a disposición de la persona necesitada el tiempo requerido y nuestros recursos personales; la sencillez, no haciendo distinción entre las personas; la solidaridad, para asumir los problemas del otro haciéndolos propios; la comprensión, poniéndonos en el lugar del otro.

Aunque la compasión nace de nuestro interior, como consecuencia de desear y procurar el bien de nuestros semejantes, debemos esforzarnos en cultivar esta virtud, tan necesaria para vivir como verdaderos seres humanos. Para desarrollar la compasión debemos fomentar la empatía con el otro, que se manifiesta en promover las acciones que sean necesarias para acercarnos a la otra persona para conocer y entender su situación. Hace falta comprender la profundidad del sufrimiento de la otra persona; ello exige estar atentos para percibir las causas del dolor ajeno.

El pacto

(Leyenda llanera)

Anónimo

«Corre el año de 1975... Un jinete alto y delgado cabalga hacia la Plaza Bolívar de Palmarito, se apea y camina despacio tomando de las riendas a su fiel caballo.

Calza alpargatas por donde le salen los dedos largos y sucios; su pantalón mugroso y arrugado, la camisa descolorida, el cabello largo y grasiento, la barba desarreglada y cubre su cabeza un sombrero roto.

Todo en él indicaba abandono.

Al pasar delante de un negocio alguien lo llama:

- ¡Don Modesto...!

El reconoce al caporal de la hacienda Los Araguaneyes y se detiene.

- ¿Cómo está don Modesto?

- No tan bien como usted, fuerte y buen mozo. Hace una pausa.

- ¿Me puede comprar el caballo?

- Se lo vendo con todo y montura, es lo único que me queda.

Discuten hasta ponerse de acuerdo. Ceferino se lleva el caballo y él, con el poco dinero se corta el cabello y se afeita la barba, compra ropa y va a una posada donde se baña y se cambia, luego se dirige al comedor. Una vez que hubo saciado el hambre y la sed se sintió como nuevo, seguidamente se dirigió a una cantina.

Allí estaban bebiendo varios compadres, él saludó y se dirigió al mostrador. En la semipenumbra vio salir de un rincón del salón a un hombre alto que vestía liquiliqui y sombrero de pelo'e guama. Dirigiéndose a él, dijo:

- ¿Cómo está don Modesto Ramírez? ¿Puedo ofrecerle un trago?

- Claro, lo acepto con mucho gusto, así olvidaré todo lo malo que me ha sucedido.

El forastero preguntó a Modesto, aunque él lo sabía:

- ¿Qué le ha ocurrido en estos últimos años?

- Muchas cosas y ninguna buena. Debido a mi mala administración contraje muchas deudas con los bancos, el dinero lo gasté en parrandas y mujeres. Mi esposa me abandonó y se llevó los hijos; el ganado mermó considerablemente y solo quedan doce o trece cabezas de ganado; el pasto se acabó, el hato Los Alcaravanes está en la ruina, no tiene pastos ni ganado y para colmo el capataz y los peones también se fueron; éstos han sido los peores años de mi vida, he vivido la más profunda soledad..., claro, por mi culpa.

Después de varias horas de conversación

Modesto exclamó:

- ¡Estoy tan decepcionado que sería capaz de venderle mi alma al diablo…!

El hombre alto, vestido de liquiliqui le dice:

- Don Modesto, ahí afuera nos esperan dos caballos, vamos al hato de Los Alcaravanes.

Salieron y en ese momento las campanas de la iglesia sonaron, eran las doce de la noche. Los dos hombres subieron a los caballos y a galope tomaron el camino hacia el hato.

Detuvieron un poco la marcha, mientras el desconocido decía:

- El Hato Los Alcaravanes será el más fértil en pastos y en ganadería, tendrá mucho dinero, camioneta nueva, mujeres y todo lo que quiera…

Se estaban acercando al hato, situado frente al río Apure, el hombre prosiguió:

- Le daré todo esto con una condición: en el

centro del hato hay un hermoso toro negro, el más bello que jamás ha visto, ése no podrá ni venderlo ni matarlo… El día que lo haga todo se acabará… recuerde que ofreció dar su alma al diablo, su alma será mía…

El hombre espoleó su caballo y desapareció entre una nube de humo, dejando en el aire un olor a azufre…

Modesto corrió asustado hacia el hato y se acostó; a la mañana siguiente se despertó muy temprano y se sorprendió al ver el hato mucho mejor que tres años atrás: movimiento de peones atendiendo el ganado, las tierras cubiertas de pasto y miles de cabezas de ganado.

Recorrió la casa y se admiraba cada vez más, le parecía un sueño, pero recordó su conversación con el desconocido y se inquietó.

Mandó a ensillar el caballo que le había regalado el hombre del liquiliqui y todo el día estuvo recorriendo el hato; en el centro vio al

toro negro…

El sol descendía cuando Modesto regresó a la casa, un escalofrío le recorrió el cuerpo…

Vendió parte del ganado y fue a Guasdualito a revisar su cuenta bancaria y cuando vio tantos ceros juntos abrió mucho los ojos asombrado, nunca había tenido tanto dinero. Estuvo varios días de parranda. Regresó a Palmarito, era el hacendado más rico del lugar, podía darse todos los caprichos…, pero estaba preocupado, no era feliz.
Pasó el tiempo, un atardecer envío a unos peones a buscar el toro negro, para matarlo y comérselo con los amigos y mujeres de parranda…

Al intentar amarrar el toro se oyó un gran estruendo y el hato volvió a ser un erial sin pastos ni ganado, los peones desaparecieron lo mismo que los amigos y mujeres.

En las noches, del centro del hato salen los gritos sobrecogedores de un hombre que pide perdón por todo lo malo que hizo en su vida…».

Comentario

La vida regalada no es auténtica vida; si queremos ser felices tenemos que poner esfuerzo y trabajar con constancia. En esta vida nadie puede hacer por nosotros lo que nos corresponde a cada uno. No existe pacto alguno, con nadie ni con nada, que nos dispense de nuestras responsabilidades.

La responsabilidad nos obliga a reconocernos como autores de nuestros actos, ante la propia conciencia, ante la sociedad y ante Dios. Somos responsablescuandoasumimos las consecuencias de nuestros actos intencionados, resultado de las decisiones que tomemos o aceptemos; y también de nuestros actos no intencionados, aunque previstos, de tal modo que los demás queden beneficiados lo más posible o, por lo menos, no perjudicados; preocupándonos a la vez de que las otras personas en quienes podemos influir hagan lo mismo.

Todo acto humano acarrea consecuencias sociales; por lo tanto, ninguna acción personal debe acometerse sin considerar las consecuencias que ella producirá en los demás. El ser humano es un ser sociable por definición; ello implica que también es responsable de construir y mejorar la sociedad, que es el ámbito en donde se desarrolla y se perfecciona como persona, como ser social.
Trabajar y esforzarse por alcanzar el bien propio y de la sociedad ha de ser un objetivo permanente de nuestra vida. No caben excusas; todos podemos aportar nuestro granito de arena.

Pero se requiere superar lo que podríamos denominar «autismo social», aunque la expresión sea reiterativa: el autismo social no es otra cosa que la pérdida del sentido de la realidad social es no considerar que además de nosotros, existen los demás, existe la sociedad.

Las dos Chelitas

(Cuento)

Julio Garmendia

«Chelita tiene un conejito, pero Chelita la de enfrente tiene un sapo. Además de su conejito, tiene Chelita una gata, dos perros, una perica y tres palomas blancas en una casita de madera pintada de verde. Pero no ha podido ponerse en un sapo como el de Chelita la de enfrente, y su dicha no es completa.

-Chelita –le dice-, te cambio tu sapo por la campana de plata con la cinta azul.

Pero no, Chelita la de enfrente no cambia su sapo por nada en el mundo. Está orgullosa de tenerlo, de que se hable de él –y de ella, por supuesto-, y de que Pablo el jardinero diga muy naturalmente, cuando viene a cortar la grama:

- Debajo de los capachos está durmiendo el

sapo de la niña Chelita.

Cuando empieza a anochecer, sale el sapo de entre los capachos, o de algún húmedo rincón lleno de helechos; salta por entre la cerca y va a pasear por la acera. Chelita lo ve y tiembla de que lo vayan a aplastar los automóviles, o de que lo muerda un perro, o de que lo arañe la gata de la otra Chelita. Tener un sapo propio es algo difícil, y que complica extraordinariamente
la vida; no es lo mismo que tener un perro, un gato o un loro. Tampoco puede usted encerrarlo, porque ya entonces su sapo
no se sentiría feliz, y eso querría decir que usted no lo ama.

Agazapada en su jardín, detrás de la empalizada, Chelita la de acá mira también con angustia saltar el sapo por la calle, y exclama, profundamente asombrada:

- ¡Qué raro! No puede correr, ni volar... ¡Pobrecito el sapo!

Y tiembla también si viene un automóvil, o si pasa un perro de regreso a su casa para la hora de la cena. Al mismo tiempo, piensa, compara. Ella tiene tantos animales –además de su muñeca Gisela-, y nadie habla nunca de eso. En cambio, Chelita la de enfrente no tiene más que un sapo, uno sólo, y todo el mundo lo refiere, lo ríe y lo celebra. Esto no le gusta mucho a Chelita la de acá, que se siente disminuida a sus propios ojos.

- Chelita –dice-, además de la campana con la cinta azul, te voy a dar otra cosa. ¡Mira! Las palomas están haciendo nido, llevan ramas secas a la casita; te doy también los pichones cuando nazcan… ¡no! Cuando ya estén grandes y coman solos…

- No –contesta sin vacilar Chelita la de allá- ; no lo cambio por nada; es lo único que tengo. A papá no le gustan los animales –añade, dirigiendo una mirada al vasto y

desierto jardín de su casa-, y el sapo él no lo ve nunca; es lo único que puedo tener yo, y no lo cambio por nada, por ¡nada!

- ¿Y si te doy también a Gisela con todos sus vestidos, el rosado, el floreado, el de terciopelo? –insiste Chelita.

- Ya te he dicho que no –responde inflexible Chelita la de enfrente.

- ¿Y si te doy también a Coco? –pregunta estremeciéndose de su propia audacia, Chelita la de acá.

- Tampoco.

- ¿Y a Rey? ¿Y a Ernestina? ¿Y las palomas en su casita? –dice Chelita en un frenesí.

- ¡Tampoco!, ¡tampoco!

- ¡Tonta! – le dice entonces Chelita la de acá-. ¿Crees tú que te voy a dar todo eso por un sapo?

- No me lo des, yo no te lo estoy pidiendo; ya te he dicho que por nada cambio mi sapo. ¡Aunque me des lo que sea!

Y así están las cosas. Si el sapo tuviera sapitos, seguramente Chelita la de enfrente no tendría inconveniente en regalarle uno, o dos, o tres, a Chelita; pero ¿quién va a saberlo? La vida de los sapos es extraña, nadie sabe lo que hacen ni lo que no hacen. No son como las palomas, por ejemplo, que se sabe cuándo hacen su nido, y cuántos huevos ponen y cómo dan de comer a sus hijos, y lo que quieren lo que hacen y lo que dicen. ¿Pero, quién sabe nada de los sapos de su propio jardín? Apenas si alguna vez, de noche, después que ha llovido o que han regado las matas, se oye… pla… pla… es el sapo que anda por ahí, y eso es todo.

A comienzos de la estación lluviosa, el mismo día en que el cielo se nubló y cayeron gotas, una tarde gris, Chelita

se fue, Chelita la de acá. Era una niña enferma; le regalaban tantos animales, para distraerla, porque se sabía que le gustaban; quizás también, sin darse cuenta, para ver si ellos lograban retenerla y hacer el milagro de atarla a la existencia, al sol, a la hierba, ¡a la vida!

Hoy fuimos a visitarla en el pequeño jardín cuadrado en donde duerme. Oculto entre los capachos, entre las "coquetas" y las "conejas" que ya forman un húmedo bosque enmarañado, vimos un sapo.

Era Chelita –Chelita la de enfrente- que se lo había llevado. Lo había llevado y lo había puesto allí.

Chelita la de enfrente tiene ahora un conejito, una gata, dos perros, una perica y cinco o seis palomas blancas en una casita

de madera pintada de verde.

Y Chelita la de acá… pero ¿qué digo? ¡la de

mucho más allá!... tiene ahora un misterioso amigo oculto en los capachos, en el húmedo jardín cuadrado en donde
duerme; un misterioso amigo que se pone a andar y a croar cerca de ella, a la hora en que comienza a oscurecer; un misterioso y raro amigo…».

Comentario

A veces nos confundimos y pensamos que si poseyéramos todo lo que quisiéramos seríamos felices. Y resulta que no es así; el ser humano nunca se satisface por completo, siempre desea más y más.

Una actitud frecuente hoy en día es gastar y consumir lo que tenemos, pensando que la felicidad está en satisfacer todos nuestros apetitos y deseos, hoy y ahora.

La propaganda comercial de un modo especialmente intenso nos invita a ello; nos quieren convencer de que nuestra dicha está en poseer esos productos que nos ofrecen, a veces necesarios, otras veces inútiles. Por falta de criterio, no distinguimos lo que es necesario y lo que no lo es. Además, el afán por estar a la moda, o de tener lo que está de moda, nos consume, nos lleva a vivir intranquilos hasta no poseer esos bienes. Así como muchos vendedores

sin ética sólo desean vender su producto, sin hacer ninguna valoración de lo que venden, así también, muchos compradores obtienen o tratan de obtener todos esos productos sin verdadera necesidad. ¿Es esta una actitud inteligente?

Deberíamos reflexionar sobre ello cada vez que tengamos la oportunidad de comprar algún producto. Al menos, deberíamos preguntarnos:
¿lo *necesito?,* ¿me *hace falta?,*
¿sirve para algo? Y pensar también que muchas personas no tienen lo *indispensable ni siquiera para vivir como seres humanos dignos.*

Carmelo niño y el diablo

(Leyenda llanera)

Anónimo

«Era tan grande la fama de Carmelo Niño que no había fiesta ni velorio donde no fuera invitado; recetaba hierbas y curaba a la gente. Estando de amores con Francisca Sánchez desde hacía algunos meses, una tarde cuando iba a visitarla se topó por el camino con una mapanare que le mordió un tobillo. De inmediato, se amarró la pierna con su pañuelo y se sacó el veneno, hasta que cojeando llegó a la casa de su novia. Lo auxiliaron y él dirigió la cura.

Solicitó que le llevaran un sacerdote para que lo casara con Francisca "in articulo mortis" y le diera la extremaunción.

Después cayó privado. Lo velaron en la casa de Francisca sus familiares y amigos.

Poco después de medianoche, cuando todos cansados de rezar y tomar, dormitaban, oyeron la voz de Carmelo, quien sentado en la urna decía:

- ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué me tienen entre cuatro velas?

No recibió respuesta, todos lo miraron espantados creyendo que era una pesadilla; pero ante ellos estaba Carmelo sonriente. De un salto, salió de la urna y pidió miche para celebrar su regreso al mundo.

Tiempo después Carmelo y su esposa viajaron a Colombia a cumplirle la promesa a la Virgen de Chiquinquirá por su curación. Por muchos años siguieron contándose las hazañas de Carmelo Niño, siendo la más celebrada la del Contrapunteo…

Corría el año de 1890 y jornaleros de Barinas, Apure y Guárico habían llegado a la Hacienda

El Diamante para la recogida del café. Los días transcurrían entre el ir y el venir con los cestos llenos de granos maduros, y en las noches, los patios plenos de algarabía entre música y canto.

Al finalizar la cosecha se organizó una fiesta de despedida en donde cada uno de los jornaleros demostraría sus dotes con el cuatro o la bandolina, así como su gracia en el contrapunteo. Carmelo Niño era famoso por lo vagabundo, enamorado, buen bailarín, poeta, curandero y coplero; incansable en el canto y la bebida, con chispa para vencer al que se le enfrentara y de ello se jactaba:

Yo soy el gran cantarín, canto, bailo, juego y riño. En Santa Ana y San Joaquín hay sólo un Carmelo Niño.

Dicen que Carmelo Niño pasa la vida cantando, mentira que no es así, también vive recetando.

Carmelo alardeaba de su fama como coplero

y curandero, cuando entró a la fiesta un desconocido de buena presencia, quien lo reta al contrapunteo:

-. Con que Usté es el cantarín que tiene tan buena fama, yo vengo del otro fin, yo vengo si se me llama. Pero esta noche me he entrao tan sólo para cantar.
Si es que Usté es el cantarín yo lo vengo a desafiar.
Carmelo, picado, contesta:

-. ¡Yo lo vengo a desafiar!

¡Cuánta ignorancia revela! Carmelo Niño cantando alumbra más que una vela. Van pasando las horas y recuerdan episodios y personajes de Santa Ana, el forastero canta:

-. Por zoquete y majadero yo me lo voy a llevar.
Carmelo Niño, aquí he visto, no sabe sino charlar. Hace rato comenzó sin que me haya dicho nada; cuando cante el gallo al alba tendrá

el alma condenada.

A lo que Carmelo responde molesto:

-. Tendrá el alma condenada el que la deje a su antojo; yo estoy cantando versos y le estoy pelando el ojo.

Carmelo se da cuenta quien es su retador, especialmente después de escuchar las siguientes coplas:

-. Este ser tan vagabundo será de la diabla yerno, porque solamente sirve para atizar el infierno.

Preparen la paila gorda, denle candela al fogón, pongan todas las parrillas, pongan rojito el tizón.

Zamuro que vas volando por las peñas de Río Frío, andá decí por allá
que Carmelo Niño es mío.

Viene llegando el amanecer y Carmelo comprueba que al terminar el contrapunteo se condenará, por ello pide protección a Dios y a la Virgen:

-. Que Carmelo Niño es suyo, eso ya lo va a

saber.
Carmelo Niño no pierde y aquí lo va a resolver. Que Dios te salve María, Virgen de Chiquinquirá; ponete al lado Carmelo, ponete y se salvará.
¡Ave María de los cielos, Virgen del Carmen bendita!

¡Sagrado Rostro de Cristo, Santo Cristo de La Grita!
Por ser la primera vez que en esta casa yo canto:

¡Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo!
Al terminar las coplas, Carmelo deja el bandolín y se hace la señal de la cruz, en ese momento su contrincante despide fuego por los ojos y boca, se le ve pezuñas y cola. De inmediato se desvanece envuelto en una nube de humo y deja el ambiente impregnado de un fuerte olor a azufre ante el espanto de los jornaleros».

Comentario

En ocasiones, valoramos con exceso nuestras condiciones personales. La humildad es una virtud difícil de desarrollar. Sin embargo, podemos esforzarnos en adquirirla. Pero ¿qué es *la humildad?*

Antes de contestar esta pregunta es importante aclarar que la humildad no lleva a la desvalorización personal, sino todo lo contrario: implica el conocimiento real de nosotros mismos; conocimiento que nos conducirá a descubrir aciertos, capacidades y posibilidades, al mismo tiempo que nos muestra la otra cara: los errores, las dificultades personales, las actitudes egoístas y mezquinas, … Humilde es el que se conoce a sí mismo y sabe que necesita aprender, rectificar, mejorar; el humilde pide consejo cuando lo necesita, y también lo da cuando se lo piden. La humildad lleva a aceptar las deficiencias personales, pero también exige conocer lo bueno que tenemos, lo que somos.

La humildad, como todas las virtudes morales, según la enseñanza de Aristóteles, está en un término medio entre el engreimiento o el orgullo (exceso de valoración personal), y la timidez o el ser apocado (ausencia de valoración personal).

La humildad es la base fundamental de la convivencia social; sólo cuando somos humildes entendemos que los demás son importantes y necesarios, y que nosotros mismos tenemos mucho que aportar.

Guachirongo

(Cuento)

Julio Garmendia

«Así como hay ciudades o pueblos afamados por la altura de un pico o la hondura de un zanjón, por el número de sus torres o por el tamaño de sus toronjas, así hay en el Oeste –en nuestro Oeste venezolano- una ciudad muy celebrada por sus puestas de sol, por la majestad y belleza de sus crepúsculos.

Sus moradores son entendidos y expertos en esta materia, doctos en ella, y así dicen, a veces, por ejemplo: "Este verano hemos tenido los crepúsculos más raros –o más largos, o más bellos-, que hemos visto en mucho tiempo". No sé si esto ha llegado a reflejarse en el carácter de la generalidad de entre ellos; pero un hombre que vivió en estos parajes, un simple de espíritu a quien apellidaban por burla Guachirongo, sí vivió (y murió tal vez realmente) entre las nubes del

crepúsculo.
Guachirongo hallábase afligido de toda clase de pobrezas y miseria; sus ropas no eran más que harapos; los cabellos le resbalaban en grasientas gue dejas por la nuca, la frente y las orejas, y hasta le tapaban los ojos.
Así andaba, y algunos perros hambrientos – más hambrientos y miserables que él – lo seguían a todas partes a donde iba. Y Guachirongo no
tenía ningún inconveniente en ponerse a bailar en medio de la calle, si se lo pedían los chicos o grandes; o también así, de repente, solo porque le venían ganas a él, a la hora del atardecer, mirando un
crepúsculo encendido. Fuera de esto, y por extraño que parezca, Guachirongo vendía gritos.

Le decían:

- ¡Un grito, Guachirongo!

Pero los gritos de Guachirongo eran el precio de tres por locha, ni uno más ni uno menos; sobre esta base el trato se hacía, se cerraba el negocio, y Guachirongo lanzaba tres gritos sonoros, poderosos, retumbantes, que hubieran despertado la alarma del vecindario y sus contornos si no fuera porque ya todos allí sabían que era aquél el negocio de Guachirongo.

A pesar de todas las calamidades que lo afligían (o quizás por eso, justamente), Guachirongo, más que en la tierra, vivía en las nubes, y
especialmente en las nubes del crepúsculo. Caminaba o bailaba mirando siempre hacia ellas; ellas tenían para él mayor importancia y realidad que muchas sólidas
cosas de acá abajo. Hasta las tomaba como puntos fijos de orientación o referencia, hablando de algún sitio, o recordando alguna fecha.

- Guachirongo, ¿dónde vives? – Le preguntaban. Y él contestaba:

- ¡Po alláaa, po los laos e las nubes colorás!

- ¿Desde cuándo, Guachirongo?

- ¡Aaah… desde el año e las morás!

Así hablaba este habitante del crepúsculo. Los niños salían a las puertas de las casas a hablar con él, y le pedían que bailara o que gritara. Mientras sus perros olfateaban acá y allá, y alguno se echaba a dormitar sobre el quicio del portón, Guachirongo bailaba en la cerca o en el zaguán; después recibía su moneda o su cazuela llena, y se iba, calle arriba o calle abajo, seguido de su fiel jauría. Algún insulto lanzado traidoramente desde lejos, tras una esquina, le hacía rabiar un momento y volver atrás con gesto amenazante.

Pero más lejos otro niño, otro baile y otros gritos le esperaban –con cazuela o centavito-, y esto le hacía de nuevo ir adelante, vivía para su arte, y lo trocaba por comida o por dinero, pero sólo en los

momentos en que el ambiente crepuscular hacía descender sobre él la inspiración.

Pero las nubes acabaron por sugerirle a Guachirongo inspiraciones y visiones más extrañas… Los años habían pasado, y los niños que ahora le hacían bailar o gritar al frente de sus casas, no eran los mismos: aquellos de antes era ya hombres, éstos de ahora eran sus hijos. Ahora los bucles de Guachirongo eran grises, sus espaldas estaban encorvadas, hundidas sus mejillas. En torno suyo, mientras danzaba inspiradamente en los viejos portales, la vida había danzado también su vieja danza. Cierta vez, por la tarde, ya anocheciendo, fue encontrado un hombre muerto en una calleja, y Guachirongo bailaba en torno al muerto.

La gente se aglomeró en derredor, pero él siguió bailando imperturbablemente; sus bucles flotaban a la luz crepuscular como pequeñas serpientes enfurecidas.

Lo llamaban o lo reprendían algunos. Pero él no oía ni veía más que las luces y sombras del crepúsculo, y siguió danzando alrededor del hombre muerto. Fue llevado a la cárcel, atada las manos, y bailaba a todo lo largo del trayecto…

Cuando fue puesto en libertad, tiempo después, lo niños no quisieron salir a las puertas a hablar con él, ni volvieron a pedirle nada. Le tenían miedo, y se escondían al verle aparecer por la calle. Algunas personas mayores le daban siempre una moneda, o le llenaban la cazuela. Otros la hacían la señal de la cruz. Los perros le seguían siendo fieles, y andaban tras él, más flacos y miserables que nunca. Desapareció un día, y nadie volvió a verle ni oírle, ni a él ni a sus perros, ni sus danzas, ni sus gritos, ni sus bucles. Pero hoy todavía, cuando las nubes del verano forman en el cielo maravillosas perspectivas, sus lagos, sus mijares, alguna anciana asomada al postigo de la celosía de una ventana de gruesos

barrotes, o parada en el quicio de algún portón, le dice al niño que juega en la acera:

- ¡Mira! ¡Guachirongo está bailando allá en las nubes!

- ¿Y quién es Guachirongo? – Pregunta el niño. Y la anciana vuelve a contar la historia».

Comentario

No podemos vivir a espaldas del mundo que nos rodea. La vida humana requiere la interrelación con los demás, el conocimiento de sus problemas y necesidades. No es posible vivir solitariamente. Aunque a veces sintamos la necesidad de apartarnos del ajetreo diario, porque requerimos descansar y recuperar las fuerzas disminuidas por el trabajo, sabemos que debemos continuar en la lucha diaria, para mejorar y para ayudar a la sociedad, al mundo entero.

Es saludable preguntarse con cierta frecuencia ¿qué estoy haciendo por los demás?, ¿cómo estoy trabajando? ¿cuál es la meta de mi vida? ¿cómo puedo lograr que mi vida y mis acciones repercutan positivamente a mí alrededor?

¡No podemos contentarnos con ser unos "*guachirongos" bailando en las nubes!; nuestra vida tiene un sentido, un sentido social y espiritual trascendente.*

La vida humana es breve; el tiempo es un tesoro

se ha dicho. Aprovechar bien el tiempo debería ser una exigencia permanente de todo ser humano.

El collar de cristal

(Leyenda Güajira)

Anónimo

«Hace mucho tiempo vivía en la Güajira un joven de nombre Arikuai, hijo de un piache, sabio y prudente como él; conocía los secretos de la naturaleza, sabía curar las enfermedades, tanto del cuerpo como del alma, imitaba los sonidos del viento y de los animales.

Arikuai era alegre y amistoso, no había contienda ni baile en donde él no participara; era el confidente, el amigo, y a todos infundía ánimo y serenidad.

En una ranchería cercana a la de Arikuai vivía un adinerado patriarca con su numerosa familia. Entre las hijas se destacaba Anakuai, delicada, diligente, alegre y cariñosa. En los bailes animaba a los tímidos con su amplia sonrisa y los invitaba a bailar, era incansable y todos la requerían, no porque fuera la más

bella, sino porque era agradable y cordial; cuando se realizaba un baile era la primera invitada.
Arikuai y Anakuai se encontraban siempre en todas las fiestas; naturalmente, terminaron enamorándose, pero siguieron repartiendo alegría como lo habían hecho siempre.

Las dos familias se hicieron los regalos de rigor, poco después se efectuó el matrimonio. La feliz pareja continuaba siendo el centro de todas las reuniones y repartían toda la gama de colores de la alegría.

El anciano piache colocó en el cuello esbelto de Anakuai un sencillo collar de cristal con estas palabras:

- Hija mía, conserva siempre este collar, no te separes nunca de él, úsalo cuando estés en peligro. La única condición es que ames y seas siempre fiel a tu esposo.

Se amaron los dos con pasión; la selva, los

arenales y los cardones fueron testigos, pero no por eso dejaron de ayudar a sus amigos y fueron arcos de ilusión entre las parejas, continuaron siendo la alegría en los bailes y torneos.

La cordialidad de Anakuai fue malinterpretada por un apuesto, valiente y rico joven venido de un lugar distante de La Guajira. La requirió en amores y ella contestó:

- No puede ser, estoy casada con Arikuai y lo amo.

Siguieron encontrándose en fiestas y competencias. Ante las negativas de Anakuai, el joven indignado amenazó:

- Si no te divorcias de tu esposo, me vengaré.

Anakuai se entristeció, pero por temor a empañar su amor o no ser comprendida por Arikuai no le dijo nada.

Tiempo después los esposos caminaban en dirección a la selva. Sin ser visto, el vengativo enamorado los seguía. Ellos se sentaron en un tronco caído y él tocó la zagüagüa mientras ella cantaba con pasión, luego se juraron amor y fidelidad.

El pretendiente furioso por lo que veía y escuchaba, en un ataque de celos sacó una flecha, templó el arco y cuando se disponía a lanzarla hacia Arikuai, ella lo vio y lanzó un grito de terror a la vez que se llevaba las manos al collar, regalo del piache, y lo lanzó al intruso.

De pronto la selva enmudeció y se pobló de niebla, en el cielo aparecieron dos hermosísimos arcos de siete colores que cegaron la vista del vengativo pretendiente.

Desde entonces, en el cielo de La Guajira aparece después de las tempestades un símbolo de paz, de luz y esperanza: dos

esplendorosos arco iris que poseen los colores
encerrados en el collar de Anakuai
- símbolo de la alegría- trayendo paz y
optimismo a los habitantes de la Guajira
cuando los contemplan».

Comentario

Alcanzar la paz es una meta personal y social. Pero ¿qué es la paz? A veces al referirnos a este término lo hacemos de un modo negativo, afirmando que la paz es ausencia de guerra o enfrentamientos, o simplemente ausencia de violencia en las relaciones humanas. Pero la paz es algo positivo: la paz es respeto y tolerancia hacia las ideas y persona del otro, es libertad y es justicia. Implica necesariamente el reparto equitativo de los bienes y riquezas, de las posibilidades humanas, desde el reconocimiento de la igual dignidad de todas las personas y pueblos.

La paz es un proceso, un proyecto siempre abierto por construir; una tarea por hacer que sólo desde la visión humanista y trascendental del ser humano se pone en movimiento. No es un simple "pacifismo" indeterminado que no hace sino aletargar la conciencia y cegar los ojos para mirar, juzgar y transformar la realidad. La paz requiere siempre de la justicia.

La paz está siempre indisolublemente unida al respeto y al ejercicio de las libertades y a los derechos del ser humano. Por ello, silas libertades políticas, económicas, sociales, culturales, religiosas, etc. no existiesen, el resultado sería la parálisis total de la acción a favor de la paz. La paz tiene, por tanto, una doble dimensión: personal y social. La personal se expresa en actitudes humanas importantes: la serenidad, la confianza, la paciencia, el respeto, la alegría…; la social se expresa en la seguridad, el orden social, la justicia y la equidad, etc.

Pero la paz exige algo más: exige fraternidad, gratuidad, solidaridad, comprensión. Una paz fundamentada sólo en la justicia no daría lugar a una convivencia armoniosa entre todos; a lo más a una coexistencia regulada por normas, muchas de ellas apoyadas en la represión.

Sin embargo, observamos que no siempre vivimos en paz; a veces por motivos personales, otras

veces por motivos externos a nosotros mismos: sociales, políticos, económicos, religiosos, etc. ¿Es posible lograr la paz? ¿Qué debo hacer para favorecer la convivencia pacífica en la sociedad en que vivo? La respuesta sólo puede ser una: educar para la paz. Educar para la paz es educar en y para los derechos humanos, es decir, capacitar a las personas para la defensa y promoción de los derechos individuales y colectivos que haga posible la mejor realización de la persona y la construcción de una sociedad tolerante, justa y solidaria.

El pájaro de los siete colores

(Cuento)

Pilar Almonia

«Este era un hombre ciego que tenía tres hijos. Cuando el mayor de ellos llegó a hombre, dijo que él iba a buscar remedios para la vista de su padre. Solamente el canto del pájaro de los siete colores podría curar al hombre de su ceguera.

Salió el joven de su casa, y cuando llegó a la orilla de un río vio que se estaba ahogando el hijo de una pobre mujer que pedía auxilio; pero él le dijo que no podía ayudarlo, y siguió su camino.

Después llegó a casa de una señora y le preguntó por dónde era el camino para ir a encontrar el pájaro de los siete colores.

Entonces la mujer le dijo que eso era muy difícil de conseguir, que le daría mucho

trabajo. Por fin, le indicó el camino y le encargó que tenía que pasar por tres lagunas que estaban encantadas.

Más adelante el hijo mayor llegó a una casa donde estaba un muerto, que desde tres años no había sido enterrado porque quedó debiendo unos reales. Si alguien los pagaba, sería enterrado. Ante esto, el hijo mayor dijo que los pagara otro, que lo que él tenía era muy poco para eso.

Siguió adelante y llegó a la primera laguna, tomó agua de ella, y se encantó.

En vista de que el hermano mayor no regresaba, el segundo hijo decidió ir en busca del remedio para su padre, el pájaro de los siete colores. Y a él le sucedió lo mismo que a su hermano.

El tercer hijo dijo que él era quien iba a traer el pájaro de los siete colores. El padre le replicó que estaba aún muy pequeño para eso; pero

tanto dijo y tanto insistió el muchacho, que por fin el hombre le dejó libre de hacer lo que quería.

Salió el hijo menor, como sus hermanos, y reencontró con la misma señora del niño que se ahogaba. En cuanto lo vio, se tiró al agua y lo sacó de inmediato. Luego cogió de su maleta un bollo de pan y lo dio a aquellos infelices.

Siguió su camino, hasta que llegó a la casa de la otra señora, y le preguntó por sus hermanos. Ella le contestó que ellos habían pasado por allí y le refirió cómo había sido su perdición.

Continuó su camino, y se encontró con la casa donde estaba el muerto. Preguntó si el muerto no tenía familia, y le contaron lo que pasaba; a lo que él contestó que lo enterraran, que de su cuenta correrían los gastos. Así se hizo, y el joven siguió su camino.

Mucho tiempo había caminado, cuando se

encontró con un mono que brincaba de un lado a otro del camino. Esto lo asustó mucho, pero el mono le dijo que venía a pagarle el dinero que había gastado; y se fue con él. Lo acompañó hasta llegar cerca de la casa donde estaba el pájaro de los siete colores. Allí le explicó lo que debía hacer para conseguir lo que buscaba.

Las dueñas del pájaro de los siete colores eran tres muchachas. La menor de ellas era quien tenía el ave, y la llevaba sobre el hombro.

Al llegar el muchacho en su caballo, ellas lo mandaron a pasar adelante. Al poco rato, le dijeron las dos primeras que irían a pasear en su caballo, pero él les contestó que se le habían reventado los arreos.

Cuando la tercera le preguntó si ella no podía montar, él sí la dejó, se montó detrás y se fue con ella. Mientras tanto el mono se quedó haciéndoles monerías a las otras muchachas. De regreso, al pasar por el lado de las

lagunas encantadas, el joven fue recogiendo a sus hermanos. Pero éstos, en el camino lo tumbaron y lo tiraron al agua, junto con la muchacha, para llevar ellos el pájaro a su padre. Pero el pájaro no cantó hasta que llegaron el hijo menor y la muchacha; con lo cual se supo quiénes lo habían traído en verdad.

Y no bien cantó el pájaro de los siete colores, cuando le volvió la vista al padre».

Comentario

¡Cuántas veces sucede lo mismo que narra este cuento! En vez de ayudar desinteresadamente a quienes nos rodean y conviven con nosotros, preferimos hacer sólo lo que nos conviene, olvidando las necesidades de los demás.

Los dos hijos mayores, aunque deseaban conseguir el remedio para curar la ceguera del padre, en realidad, buscaban exclusivamente su éxito personal. El tercer hijo, en cambio, actuó con verdadero amor, porque no dejó de auxiliar a los necesitados y, al mismo tiempo, buscaba la curación de su padre, sabiendo que él *era el instrumento elegido para hacer el bien a los demás.*

El amor es lo que da sentido a la vida humana. Hoy en día, sin embargo, se ha tergiversado el concepto del amor, reduciéndolo a un sentimiento producto de la sensibilidad y alejado de una visión trascendente del ser humano. El amor no

es un mero impulso, producto de la sociabilidad del ser humano y exigido por la necesidad de entablar con los semejantes una buena relación interpersonal. Es mucho más que eso; el amor es la condición base para la convivencia humana y social, para la verdadera felicidad.

El amor se manifiesta de dos formas: de un modo activo, cuando es uno el que toma la iniciativa; y de un modo pasivo, cuando recibimos amor de otra persona. En realidad ambas formas se dan simultáneamente, porque el amor verdadero es recíproco y esa reciprocidad lleva a desarrollar continuamente actitudes de generosidad, de entrega, de sacrificio, de abnegación, de compasión, de solidaridad, de ayuda… Amar a otro supone «hacerse con el otro», exige asumir la responsabilidad del otro como ser humano.

A lo largo de la historia, filósofos, literatos, poetas, historiadores, amantes, padres y madres, hijos e hijas han expresado de mil formas el contenido de la palabra amor. Esto quiere decir que existen

muchas maneras de amar. Sin embargo, en todas ellas existe un rasgo común, una condición determinante: el verdadero amante es aquél que desea el bien del amado. Sería absurdo pensar otra cosa.

Pero debemos precisar más: desear el bien del amado significa desear su bien siempre, sin condiciones. Es por eso que se ha dicho tantas veces que el amor es eterno, si es verdadero amor. Desde el mismo instante en que uno de los amantes pone una condición para amar y ser amado, eso ya no es amor, es otra cosa: interés, conveniencia, egoísmo… El que ama de verdad desea ante todo la felicidad del otro, del tú; y desea, además, que ese tú se desarrolle con autonomía, con libertad, la libertad que crece con el verdadero amor.

Un amor que implique algún tipo de esclavitud, de sometimiento absoluto, de dependencia total, no es verdadero amor.

El auténtico amor exige el respeto a la

autonomía del otro, aunque exija la entrega «incondicionada». Entrega incondicionada no equivale a negar la propia autonomía, más bien la respeta y la promociona en el contexto de un verdadero amor.

Las cinco águilas blancas

(Leyenda andina)

Anónimo

«Según la tradición de los Mirripuyes (tribu de los Andes venezolanos), fue Caribay la primera mujer. Era hija del ardiente Zuhé (el Sol) y la pálida Chía (la Luna). Era considerada como el genio de los bosques aromáticos. Imitaba el canto de los pájaros y jugaba con las flores y los árboles.

Una vez Caribay vio volar por el cielo cinco águilas blancas y se enamoró de sus hermosas plumas. Fue entonces tras ellas, atravesando valles y montañas, siguiendo siempre las sombras que las aves dibujaban en el suelo. Llegó al fin a la cima de un risco desde el cual vio como las águilas se perdían en las alturas.

Caribay se entristeció e invocó a Chía y al poco tiempo pudo ver otra vez a las cinco hermosas águilas. Mientras las águilas descendían a las sierras, Caribay cantaba dulcemente.

Cada una de estas aves descendieron sobre un risco y se quedaron inmóviles. Caribay quería adornarse con esas plumas tan raras y espléndidas y corrió hacia ellas para arrancárselas, pero un frío glacial entumeció sus manos, las águilas estaban congeladas, convertidas en cinco masas enormes de hielo. Entonces Caribay huyó aterrorizada. Poco después la Luna se oscureció y las cinco águilas despertaron furiosas y sacudieron sus alas y la montaña toda se engalanó con su plumaje blanco.

Éste es el origen de las sierras nevadas de Mérida. Las cinco águilas blancas simbolizan los cinco elevados riscos siempre cubiertos de

nieve. Las grandes y tempestuosas nevadas son el furioso despertar de las águilas, y el silbido del viento es el cano triste y dulce de Caribay».

Comentario

Todo ser humano posee ambiciones; unas son buenas y otras le hacen daño. ¿Cómo diferenciar las unas de las otras? La respuesta debería considerar si nuestras ambiciones tienen una finalidad buena;

¿buenas para quién? Para cada uno y para la comunidad entera. La ambición suele definirse como el deseo ardiente de conseguir poder, riquezas, dignidades o fama. Es esta una definición negativa, pues la ambición puede ser buena y necesaria. El problema de la ambición no está en el loable deseo de prosperar, ni en la inquietud sana por aspirar a un mejor nivel de vida, dentro de unos límites razonables, sino en llegar a convertir la propia existencia en lucha, violencia y actividad febril por las riquezas, *el poder, las alabanzas, las admiraciones,...*

La ambición que empobrece al corazón humano y destruye los sentimientos más nobles es la que viene engendrada por el egoísmo, la vanidad y el loco afán de imitar a los demás y aventajarles

en lujo y ostentación. En cambio, la ambición buena se expresa en la aspiración y deseo de superarse y mejorar para alcanzar la felicidad. Es la ambición de ser útiles a la humanidad; es el noble deseo de establecer un reto constante consigo mismo de superación para el logro de las condiciones materiales y espirituales más idóneas que permitan servir provechosamente a nuestros semejantes.

La buena ambición no está en la satisfacción sin medida de los deseos ni en el halago constante de los sentidos o en buscar afanosamente la felicidad exclusivamente para sí mismo, sino en el fomento y desarrollo de nuestra naturaleza humana, sembrando alegría, trabajando, amando y sirviendo a los demás desinteresadamente.

El Cocuyo y la Mora

(Cuento Pemón)

Anónimo

«Un gran cocuyo salió de viaje a visitar a unos tíos que vivían muy lejos, al otro lado de la sabana.

Volando, volando, llegó al atardecer a un cerro donde vivía una mora. Se sentía cansado y soñoliento y decidió quedarse allí a pasar la noche.

La mora estaba vieja, deshojada y encorvada y de sus ramas asomaban unos dientazos muy feos. El cocuyo se acercó buscando un sitio para dormir.

A la mora le gustó la manera de volar, el zumbido de las alas y los ojos brillantes del cocuyo y empezó a enamorarlo.

Le dio comida y bebida. Le colgó con cuidado su chinchorro y lo entretuvo con

conversaciones interesantes hasta muy entrada la noche.

- ¿Quieres casarte conmigo, cocuyo?, preguntó al fin la mora. Pero el cocuyo se hizo el dormido y no le contestó.

La mora lo tocó suavemente y v olvida preguntar:

- ¿Quieres casarte conmigo, cocuyo?

El cocuyo abrió los ojos y contestó molesto:

-Yo no te quiero, mora. Eres vieja, estás deshojada y encorvada.

Estás muy fea. No me casaré contigo.

Al amanecer, el cocuyo siguió su camino y después de mucho volar llegó a casa de sus tíos. Allí se quedó varias lunas conversando y bailando.

Luego emprendió el viaje de regreso. Pasó por los mismos lugares por donde había venido

y un día llegó al mismo cerro donde vivía la mora. ¡Y qué sorpresa!

La mora estaba totalmente cambiada. Estaba joven, vestida con hojas nuevas y adornada de flores.

¡Qué buenamoza estás, mora!, exclamó en cocuyo. Te ves muy linda llena de flores. Me gustas mucho. ¿Quieres casarte conmigo?

Pero la mora no le contestó.

Mora, morita, cásate conmigo, suplicó el cocuyo.

No cocuyo, dijo la mora. Ahora yo no quiero casarme contigo. Y por más que insistió el cocuyo, ella no le hizo caso.

- Por lo menos dime cómo te las arreglaste para ponerte tan buenamoza, rogó el coyuyo.

Y la mora contestó:

- Esa no fui yo. Unos hombres que andaban cazando por allí me prendieron fuego y con el fuego precisamente me volví joven y bella

otra vez.

- ¡Mora!, exclamó el cocuyo entusiasmado. ¿No podré volverme oven igual que tú?

- No sé. Si te parece, hazlo, pero ten cuidado. Entonces el cocuyo vio cerca de allí una candela que habían prendido unos hombres.

Yo también me pondré joven y buenmozo como la mora. Tal vez así me quiera.

Y sin pensarlo más voló derecho al fuego. Pero apenas lo tocaron las llamas y sintió que se quemaba, el cocuyo arrancó a toda prisa. Sacudió las alas para apagar las chispas y se frotó contra la hierba verde.

Entonces se miró y vio que estaba todo negro y chamuscado. Sólo en la cola le quedaba una chispita que no podía apagar.
Por más que voló y batió las alas, allí quedó la chispita.

Muy triste y un poco avergonzado, el cocuyo

se alejó de la mora y siguió viaje hasta su casa.
Desde entonces todos los cocuyos tienen ese color negro y esa luz en la cola. Y cuando por las noches ven una candela, allí se tiran.

Desde entonces, también, todos los cocuyos rondan las moras cuando están en flor, porque todavía tienen esperanzas de enamorarlas.

Comentario

¡Qué difícil es conocer la grandeza que cada ser humano posee! Con *frecuencia sólo nos fijamos en las apariencias, en lo externo, y no consideramos lo más importante: el alma de las personas. Es en el alma en donde está la verdadera personalidad.*

La presión de la propaganda oral, escrita o gráfica nos engaña con relativa facilidad. Nos quieren imponer formas de vivir que se alejan de una auténtica visión de los seres humanos; quieren convertirnos en simples consumidores inertes, sin voluntad, esclavos de sus productos.

Debemos reaccionar, redescubriendo al ser humano, revalorizando a las personas con visión verdaderamente humanista: los defectos físicos o mentales, la vejez y la enfermedad, las carencias, forman parte de nuestra naturaleza y de ningún modo envilecen al ser humano, por el contrario, suelen mostrar la grandeza de las

personas cuando éstas dan prioridad al alma sobre el cuerpo.

Todo ser humano posee un valor infinito; por ello, cada ser humano debe ser respetado, amado y ayudado en toda circunstancia.

Pataruco

(Cuento)

Rómulo Gallegos

«Pataruco era el mejor arpista de la Fila de Mariches. Nadie como él sabía puntear un joropo, ni nadie darle tan sabrosa cadencia al canto de un pasaje, ese canto

lleno de melancolía de la música vernácula. Tocaba con sentimiento, compenetrado en el alma del aire que arrancaban a las cuerdas grasientas sus dedos virtuosos, retorciéndose en la jubilosa embriaguez del *escobillao* del golpe aragüeño, echando el rostro hacia atrás, con los ojos en blanco, como para sorberse toda la quejumbrosa lujuria del pasaje, vibrando en el espasmo musical de la cola, a cuyos acordes los bailadores jadeantes lanzaban gritos lascivos, que turbaban a las mujeres, pues era fama que los joropos de *El Pataruco*, sobre todo cuando éste estaba medio *templao*, bailados de la *madrugá p'abajo*, le

calentaban la sangre al más apático.

Por otra parte, *El Pataruco* era un hombre completo y en donde él tocase no había temor de que a ningún maluco de la región se le antojase *acabar el joropo,* cortándole las cuerdas al arpa, pues con un araguaney en las manos el indio era una notabilidad y había que ver cómo bregaba.

Por estas razones, cuando en la época de la cosecha del café llegaban las bullangueras romerías de las escogedoras y las noches de la Fila comenzaba a alegrarse con el
son de las guitarras y con el rumor de las *parrandas*, a *El Pataruco* no le alcanzaba el tiempo para tocar los joropos que *le salían* en los ranchos esparcidos en las haciendas del contorno.

Pero no había de llegar a viejo con el arpa al hombro, trajinando por las cuestas repechosas de la Fila, en la oscuridad de las noches llenas de consejas pavorizantes y cuya negrura duplicaban los altos y coposos guamos de los

cafetales, poblados de siniestros rumores de crótalos, silbidos de macaureles y gañidos espeluznantes de váquiros sedientos que en la época de las quemazones bajaban de las montañas de Capaya, huyendo del fuego queinvadiera sus laderas, y atravesaban las haciendas de la Fila, en manadas bravías en busca del agua escasa.

Azares propicios de la suerte o habilidades o virtudes del hombre, convirtiéronle, a la vuelta de no muchos años, en el hacendado más rico de Mariches. Para explicar el milagro salía a relucir en las bocas de algunos la manoseada patraña de la legendaria botijuela colmada de onzas enterradas por *los españoles*; otros escépticos y pesimistas, hablaban de chivaterías de *El Pataruco* con una viuda rica que le nombró su mayordomo y a quien despojara de su hacienda; otros por fin, y eran los menos, atribuían el caso a la laboriosidad del arpista, que de peón de trilla había ascendido virtuosamente hasta

la condición de propietario.
Pero, por esto o por aquello, lo cierto era que el indio le había echado para siempre *la colcha al arpa* y vivía en Caracas en casa grande, casado con una mujer blanca y fina de la cual tuvo numerosos hijos en cuyos pies no aparecían los formidables juanetes que a él le valieron el sobrenombre de *El Pataruco*.

Uno de sus hijos, Pedro Carlos, heredó la vocación por la música. Temerosa de que el muchacho fuera a salirle arpista, la madre procuró extirparle la afición; pero como el chico la tenía en la sangre y no es cosa hacedera torcer o frustrar las leyes implacables de la naturaleza, la señora se propuso entonces cultivársela y para ello le buscó buenos maestros de piano.
Más tarde, cuando ya Pedro Carlos era un hombrecito, obtuvo del marido que lo enviase a Europa a perfeccionar sus estudios, porque, aunque lo veía bien encaminado y con el gusto depurado en el contacto con lo que ella llamaba la *música*

fina, no se le quitaba del ánimo maternal y supersticioso el temor de verlo, el día menos pensado, con un arpa en las manos punteando un joropo.

De este modo el hijo de *El Pataruco* obtuvo en los grandes centros civilizados del mundo un barniz de cultura que corría pareja con la acción suavizadora y blanqueante del clima sobre el cutis, un tanto revelador de la mezcla de sangre que había en él, y en los centros artísticos que frecuentó con éxito relativo, una conveniente educación musical.

Así, refinado y nutrido de ideas, tornó a la Patria al cabo de algunos años y si en el hogar halló, por fortuna, el puesto vacío que había dejado su padre, en cambio encontró acogida entusiasta y generosa entre sus compatriotas.

Traía en la cabeza un hervidero de grandes propósitos: soñaba con traducir en grandiosas

y nuevas armonías la agreste majestad del paisaje vernáculo, lleno de luz gloriosa; la vida impulsiva y dolorosa de la raza que se consume en momentáneos incendios de pasiones violentas y pintorescas, como efímeros castillos de fuegos artificiales, de los cuales, a la postre y bien pronto, sólo queda la arboladura lamentable de los fracasos tempranos. Estaba seguro de que iba a crear la música nacional.

Creyó haberlo logrado en unos motivos que compusiera y que diera a conocer en un concierto, en cuya expectativa las esperanzas de los que estaban ávidos de una manifestación de arte de tal género, cuajaron en prematuros elogios del gran talento musical del compatriota.

Pero salieron frustradas las esperanzas: la música de Pedro Carlos era un conglomerado de reminiscencias de los grandes maestros, mezcladas y fundidas

con extravagancias de pésimo gusto que, pretendiendo dar la nota típica del colorido local sólo daban la impresión de una mascarada de negros disfrazados de príncipes blondos.

Alguien condensó en un sarcasmo brutal, netamente criollo, la decepción sufrida por el público entendido.

- Le sale el pataruco; por mucho que se las tape, se le ven las plumas de las patas. Y la especie, conocida por el músico, le fulminó el entusiasmo que trajera de Europa.

Abandonó la música de la cual no toleraba ni que se hablase en su presencia. Pero no cayó en el lugar común de considerarse incomprendido y perseguido por sus coterráneos. El pesimismo que le dejara el fracaso penetró más hondo en su corazón, hasta las raíces mismas del ser. Se convenció de que en realidad era un músico mediocre, completamente incapacitado para la creación

artística, sordo en medio de una naturaleza muda, porque tampoco había que esperar de esta nada que fuese digno de perdurar en el arte. Y buscando las causas de su incapacidad husmeó el rastro de la sangre paterna. Allí estaba la razón: estaba hecho de una tosca substancia humana que jamás cristalizaría en la forma delicada y noble del arte, hasta que la obra de los siglos no depurase el grosero barro originario.

Poco tiempo después nadie se acordaba de que en él había habido un músico.

Una noche en su hacienda de la Fila de Mariches, adonde había ido a instancias de su madre, a vigilar las faenas de la cogida del café, paseábase bajo los árboles que rodeaban la casa, reflexionando sobre la tragedia muda y terrible que escarbaba en su corazón, como una lepra implacable y tenaz.

Las emociones artísticas habían olvidado los senderos de su alma, y al recordar sus pasados entusiasmos por la belleza, le parecía que todo aquello había sucedido en otra persona, muerta hacía tiempo, que estaba dentro de la suya emponzoñándole la vida.

Sobre su cabeza, más allá de las copas oscuras de los guamos y de los bucares que abrigaban el cafetal, más allá de las lomas cubiertas de suaves pajonales que coronaban la serranía, la noche constelada se extendía llena de silencio y de serenidad.

Abajo alentaba la vida incansable en el rumor monorrítmico de la fronda, en el perenne trabajo de la savia que ignora su propia finalidad sin darse cuenta de lo que corre para componer y sustentar la maravillosa arquitectura del árbol o para retribuir con la dulzura del fruto el melodioso regalo del pájaro; en el impasible reposo de la tierra, preñado de

formidables actividades que recorren su círculo de infinitos a través de todas las formas, desde la más humilde hasta las más poderosas.

Y el músico pensó en aquella oscura semilla de su raza que estaba en él pudriéndose en un hervidero de anhelos imposibles.
¿Estaría acaso germinando, para dar a su tiempo, algún sazonado fruto imprevisto?

Prestó el oído a los rumores de la noche. De los campos venían ecos de una *parranda* lejana: entre ratos el viento traía el son quejumbroso de las guitarras de los escogedores. Echó a andar, cerro abajo, hacia el sitio donde resonaban las voces festivas: sentía como si algo más poderoso que su voluntad lo empujara hacia un término imprevisto.

Llegado al rancho del joropo, detúvose en la puerta a contemplar el espectáculo.
A la luz mortal de los humosos candiles, envueltos en la polvareda que levantaba el frenético escobilleo del golpe, los peones de la hacienda giraban ebrios de aguardiente, de música y de lujuria. Chicheaban las

maracas acompañando el canto dormilón del arpa, entre ratos levantándose la voz destemplada del *cantador* para incrustar un *corrido* dedicado a alguno de los bailadores y a momentos de un silencio lleno de jadeos lúbricos, sucedían de pronto gritos bestiales acompañados de risotadas.

Pedro Carlos sintió la voz de la sangre; aquella era su verdad, la inmisericorde verdad de la naturaleza que burla y vence los artificios y las equivocaciones del hombre: él no era sino un arpista, como su padre, como *el Pataruco*. Pidió al arpista que le cediera el instrumento y comenzó a puntearlo, como si toda su vida no hubiera hecho otra cosa. Pero los sones que salían ahora de las cuerdas pringosas no eran, como los de antes, rudos, primitivos, saturados de dolorosa desesperación que era un grañido de macho en celo o un grito de animal herido; ahora era una música extraña, pero propia, auténtica, que tenía del paisaje la llameante desolación y de la raza la rabiosa nostalgia del africano que

vino en el barco negrero y la melancólica tristeza del indio que vio caer su tierra bajo el imperio del invasor. Y era aquello tan imprevisto que, sin darse cuenta de por qué lo hacían,
los bailadores se detuvieron a un mismo tiempo y se quedaron viendo con extrañeza al inusitado arpista.

De pronto uno dio un grito: Había reconocido en la rara música, nunca oída, el aire de la tierra, y la voz del alma propios. Y a un mismo tiempo, como antes, lanzáronse los bailadores en el frenesí del joropo.

Poco después camino de su casa, Pedro Carlos iba jubiloso, llena el alma de música. Se había encontrado a sí mismo; ya oía la voz de la tierra...

En pos de él camina en silencio un peón de la hacienda. Al fin dijo:

- Don Pedro, ¿cómo se llama ese joropo que usté ha tocao?

- *El Pataruco»*.

Comentario

Cada ser humano tiene una misión en la sociedad. Cada persona tiene su propia historia. Cada individuo ha de escribir su propia biografía. El ser humano es persona y, como consecuencia, es único *e irrepetible; cada persona posee un valor supremo, vale por lo que es y por lo que hace a lo largo de su vida. Por esta razón, toda persona ha de ser respetada y amada; incluso cuando, por el motivo que sea, no actúe apegado a los valores humanos.*

Cualquier imposición violenta sobre los seres humanos debe ser rechazada, porque si algo define a los hombres y mujeres con mayor precisión es su capacidad y posibilidad de ser libres. Al hijo de Pataruco no le dejaron ser "él mismo": le impusieron un modo de vivir que no correspondía a sus inclinaciones y capacidades; sin embargo, pudo encontrarse a sí mismo y reorientar su vida.

Nunca es tarde para rectificar; el ser humano tiene una inmensa capacidad de re-ver la realidad, de re-plantear los acontecimientos y de re-

proyectar su vida. Pedro Carlos así lo entendió en este cuento.

El desnarigado

(Cuento Warao)

Anónimo

«Había un indio warao que tenía una nariz descomunal y ganchuda, la cual remataba, así como en una especie de garfio laulaero.

Cierto día en que los indios salieron a buscar colmenas tuvieron tanta suerte, que volvieron a la ranchería con las curiaras cargadas de miel.

Al ver a los indios con la carga de miel, se dijo el de la nariz ganchuda:

- Mañana iré también yo, pues me gusta mucho la miel y es mucha la que hay.

Afiló bien su machete; dejó preparadas las totumas; y, de madrugadita, se marchó a la montaña.

Apenas entró en el bosque, ya se le presentaron varias colmenas; de suerte que

no sabía cuál coger primero, ya que todas le parecían las mejores… Al fin se decidió por una.

- Esta –se dijo- debe ser estupenda. Y debe de estar colmadita. Pero resultó ser un avispero.

Comenzó a machetear el árbol para tumbar la colmena; pero las avispas se alborotaron y comenzaron a acribillarlo. Un racimo de ellas se le encaramó en la enorme nariz.

El hombre trató de huir. Mas como era tan larga, se le enganchó en una de las ramas.

Siguieron las avispas acometiéndolo; y en un esfuerzo desesperado para librarse de ellas, se dio un tajo con el machete, cortándose a cercén la propia nariz, la cual quedó allí colgada. Y el desnarigado se volvió para su casa.

Al ir los indios al día siguiente, vieron la

nariz colgada. Le envolvieron en unas hojas de casupo y al llegar a la ranchería comenzaron a jugar con ella.

-A ver quién acierte lo que viene ahí. Unos decían:

- Habrá gusanos. Otro decía:

- Habrá queso de moriche.

Otro, más listo, dijo chasqueando:

- A ver, a ver si está ahí la nariz que el "Cuñado" se dejó ayer en el monte por olvido…

Al confirmarse esta sospecha, resonó en la ranchería una carcajada como un trueno.

Desde esa fecha, siempre que los indios salían al monte, les decían a los otros:

- ¡Eh!, ¡cuidado!... No te dejes por allá olvidada la nariz…»

Comentario

Esta narración nos muestra el sentido del humor de los Waraos. El desnarigado representa a la persona que piensa que todo lo sabe y que no necesita de los demás para vivir. ¿Por qué nos cuesta tanto pensar en los demás? ¿Por qué ponemos por delante nuestro yo, dejando a un lado el tú o el nosotros?

La sabiduría natural de los Waraos nos enseña que es más saludable, además de necesario, vivir con sentido comunitario. La vida social requiere de un aprendizaje, porque todos tenemos la tendencia al egoísmo, a la soledad, aunque esto parezca contradictorio con la naturaleza humana.

La actitud inicial de todo ser humano ha de ser la de percibir (captar) la realidad: en este caso nos referimos a la realidad social, que incluye la percepción de las demás personas. A partir de allí, podemos conocer sus necesidades, compartir sus ideales, convivir fraternalmente…

Pero hace falta esforzarse, porque siempre será difícil salir de uno mismo y proyectarse hacia los demás.

No, la rueda sola

(Cuento)

Roberto Savino Asprino

A Olga, por su sonrisa cuadrada y sus vasos verdes

«Ayer le conté a tía Carlota que en clase me preguntaron cuál era el invento más importante para la humanidad. Yo me puse muy nervioso, le dije, como cada vez que me mira con esos ojos de manzana la señorita Nieves, y sólo atiné a responder lo que alguien, desde algún pupitre trasero, me sopló: El fuego, profesora, balbuceé, tartamudo y pálido, del mismo color blanco y seco de la tiza. Ella sonrió complacida, como si la evocación de las llamas, de las chispas, del sonido burbujeante de una fogata prehistórica le provocara pensamientos indebidos. Acomodó

finamente, manteniendo el meñique recto y levantado, la montura de carey de sus delgadísimos anteojos y retomó el curso de la clase sin esmero. Regresó pesadamente a la silla acolchonada detrás del escritorio, y desde allí, con lo que de forma unánime habíamos bautizado como
una antena de tevé, señaló durante el resto del período los colores pasteles de un mapa político que ya no correspondía al último orden mundial. Sin embargo, el mapa y la inseparable antena servían a otro propósito, mucho más cruel que la fácil distinción entre los países rojos y los de colores más agraciados. Con su brazo de mujer extendido era posible descubrir qué días la Nieves había dejado de rasurar sus axilas. Nosotros redactábamos notas en trozos de papeles rasgados y las pasábamos de mano en mano, bajo un sigilo de apretadas carcajadas. Ese día lo había hecho, para decepción nuestra. Y en consecuencia el ambiente del salón era de una cálida seriedad que apuntaba, sin

disimulo, a la franca apatía.

Tía Carlota me escuchaba con reverencia. Pronto me di cuenta de que la pregunta de la profesora, tal vez gracias a mi improvisada respuesta, aún me rondaba el pensamiento como leona encerrada, sin una sensación de tregua por el resto de la clase. Me desveló, al fin, el timbre de la tarde, pero no pude evitar ser uno de los últimos en salir del salón y tener que correr con furia para que el autobús no partiera sin mí.

Yo hablaba y respiraba con poca coordinación, teniendo que pausar a veces el relato para tragar saliva y volver a cargar mis pulmones. Tía Carlota me miraba entonces con su faz blanda y reaccionaba estirando una de sus manos para repasarme con suavidad los rasgos de la cara. Su palma por mis cachetes, sus dedos finísimos sobre mis cejas, el dorso perfumado de sus muñecas por mi cuello, hasta terminar la caricia en mi quijada.

Cuando dio por terminada mi anécdota escolar, me dijo unas palabras cariñosas y se fue despacio hasta el piano, cruzando en silencio el ámbito de la sala en su silla de ruedas. Sólo la música de aquel piano, afilada pero tierna, era capaz de hacer callar a los pericos, que permanecían quietos en su jaula, en equilibrio sobre sus columpios rosados, como si las notas les revelara algún mensaje que sólo ellos eran capaces de entender.

Mamá trabaja mucho, por eso paso ahora tanto tiempo en casa de tía Carlota.
Después de más de un año de estar en casa, consiguió hace un mes un nuevo empleo como secretaria en una compañía cuyo nombre no quiero pronunciar. Por supuesto, es una empresa extranjera, y puede ser que también debido a eso la deteste, por miedo a que un día Mamá reúna las fuerzas para cumplir su promesa de "irnos de esta mierda," si algún día le ofrecen una posición fuera del país.
Mamá no dice con frecuencia esas

palabrotas, le advierto a tía Carlota, que me guiña un ojo y descubre la totalidad de su dentadura. Me gusta su sonrisa, pienso, aunque sea al sonreír cuando la noto más anciana, tan llena de arrugas y adentrada en la telaraña de los años. Para mí el extranjero es demasiado lejos, le digo, ocultando mi ansiedad y esperando que mi opinión infantil le agrade. Así, entre los dos, quién sabe, podríamos espantarle
a mi madre esas ideas migratorias. Tía Carlota no me da la razón, o al menos así lo entiendo, porque de nuevo hace ese gesto que parece más bien una mueca protectora, con un marcado eco maternal.

Pero si la tía Carlota nunca ha sido madre, cómo es posible que pueda tener gestos maternales, me pregunto. Confío entonces en que esa inclinación es propia de todas las mujeres, aunque nunca se les haya hinchado la barriga. Es como los pechos, le cuento días más tarde a mi primo Juancho.

Todas los tienen, aunque no todas los usen.

Claro, contesta él, más confundido que al principio de la acalorada conversación, yo nunca he visto una mujer sin tetas.

La tarde caía hermosa, encendiendo de dorado los rincones más austeros del apartamento. Tía Carlota se había retirado al balcón y su piel almendra parecía absorber la luz, que bajaba desde el oeste en un tono agonizante. Poco a poco las calles se vaciaban y por momentos se presentía un silencio inmenso, que pronto sería derrocado por el zumbido de las legiones de mosquitos que llegaban con las primeras y únicas brisas de la noche. Rodeada de aquél aura celestial, imaginé que se produciría un milagro, que tía Carlota se levantaría y caminaría, como le sucedió a Lázaro, aunque él estaba muerto y ella sólo paralítica. Pero nada. No encontré otras señales aparte de la luz, que recordé sucedía todos los días, más o menos abarcando las mismas horas, en la rutina más antigua del universo. Me desilusioné al

verla, aun así, confinada a esa silla y a aquella postura. Maldije en silencio, chocando los dientes. Tía Carlota pareció adivinarme el pensamiento. De repente me miró y su cara había adoptado una seriedad mortal. Contuve con esfuerzo unas desesperadas ganas de abrazarla, rodearla en su silla de metal, pedirle que me perdonara, que olvidara mi ataque de lástima.

-Ahí viene tu madre por la avenida, dijo en tono áspero, mientras sostenía sus manos enlazadas encima de la baranda blanca del balcón.

Me asomé con cuidado de no darme cuenta de la altura. Mi madre caminaba rápido, aferrada a su cartera, y desde el séptimo piso se le veía aún lejos y pequeña, pero estaba ya a menos de dos cuadras de la entrada de piedras grises del edificio. Tres minutos luego de perderse bajo un techo de acacias sonaba su voz en el pasillo.

No había visto a Mamá desde la mañana del

día anterior. Ahora su mirada cansada, su olor a encierro de aire acondicionado, la sonrisa que pudo sostener sólo por pocos segundos, me dieron la sensación de que no la veía desde hacía muchos años. Sería verdad, entonces, que se puede viajar en el tiempo, como en la tele, y que ella venía desde el futuro, desde los años en que ya rozaba su temida muerte. La lástima me asaltó por segunda vez.

En ese instante tuve la oportunidad de arrepentirme por haber pasado la noche en casa de tía Carlota, pero preferí no hacerlo. Recuerdo mis palabras al pedirle a Mamá que me diera permiso: que me gustaba estar allá, que me encantaban la leche tibia servida en los vasos de grueso vidrio verde, las galletas italianas de vainilla y chocolate, bajar al patio a jugar fútbol con Pedro y Marcelo, los del piso cinco. Se lo dije mirándole a los ojos, pateando con desgano el suelo, usando todas las artimañas que los hijos desfilan ante sus padres cuando se trata de conseguir y convencer.

Aunque aquello no era mentira, tampoco era la verdad verdadera. La verdad era mucho más simple. Me había quedado aquella noche con el solo propósito de mirar a tía Carlota dormir. No entendía cómo podía bajarse sin ayuda de su silla de ruedas, vestirse con algo liviano, y acostarse y cubrirse, sin poder mover las piernas. Mi imaginación, que cada vez más se ayuda de muletas, soñaba con que tía Carlota, para vestirse, debía hacer esfuerzos tan grandes como los que hacen los atletas chinos en el ejercicio del potro en las olimpiadas. Pensar que usaba sólo sus brazos y que balanceaba sus piernas inertes alrededor de la silla de ruedas, sudando y con el ceño fruncido, me hacía querer develar el misterio. “No siento nada de la cintura para abajo,” me confesó una vez. Yo quise descubrir en su voz algún tono quebrado, recuerdo, pero en cambio fue siempre firme, como si esa frase la hubiese construido hacía mucho y sólo la estuviera repitiendo una vez más, con convicción, pero

sin significado.

Mamá merecía una explicación. Así me lo hizo saber ella misma, sentada en el autobús de regreso a casa, mientras yo me sujetaba con fuerza al tubo que llegaba al techo, ya que aún no alcanzaba a las agarraderas de arriba. Sabía de algo más que no le había dicho, "porque las madres sabemos." No tuve otra opción que confesarle con cautela lo de querer ver a tía Carlota durmiendo. En vez de regañarme, Mamá me educó con una oración de las que sólo ella es capaz de armar.

- La voluntad se hace costumbre. Por eso ella se acostumbró a su fuerza de voluntad-.

Sus ojos no se apartaron de los míos, rastreando hasta en lo más mínimo cualquier reacción a su frase de calendario.

- Entonces, ¿tía Carlota no fue siempre paralítica?, pregunté boquiabierto.

-No, Mario. Ella sufrió, hace muchos años, mucho antes de que tú nacieras, un terrible accidente de tránsito. Estaba en el carro de su novio y...

- ¿Tía Carlota tenía novio?, interrumpí excitado.

- Sí, pero luego del accidente... Luego del accidente se acabó. A él no le pasó absolutamente nada y a ella... bueno, ella quedó así, dijo Mamá amargando la voz, arrugándola.

No me quiso decir el nombre de aquel novio porque conoce lo impertinente que puedo llegar a ser, y temía que algún día se me saliera delante de tía Carlota. No insistí demasiado, y el misterio se fue diluyendo entre tareas, colegio y amistades, Mamá y, por supuesto, tía Carlota. Los martes y los jueves, sobre todo, los pasaba con ella, jugando fútbol con los del cinco, tomando la merienda mientras tía Carlota tocaba verdaderos conciertos de piano. Cuando

la noche se instalaba y Mamá aún no aparecía, nos sentábamos tía Carlota y yo a mirar la televisión. Pero a esa hora sólo pasaban noticias y telenovelas, que ella devoraba apretando con ambas manos su vestido de flores siempre que se besaban los protagonistas y ponían esa canción, que también suena a toda a hora en cada emisora de la radio.

- ¿Por qué no lees algo, Mario?, me invitó de pronto tía Carlota, una tarde en que ya me había mordisqueado hasta la piel las uñas de las manos. Dijo que leyendo me iba a aburrir menos que sentado, viendo esas cursilerías para viejas. Agarra cualquiera de la biblioteca, insistió, señalando el mueble polvoriento que dominaba la pared este de la sala, en el espacio contiguo al cuarto de la televisión. Me levanté dispuesto a hacer cualquier cosa menos seguir allí, viendo cómo la pobre sirvienta era humillada por la que sería su suegra, mientras que el príncipe azul se iba enamorando a punta

de tropezones en los anchos pasillos de la casa, o en la manera en que ella, la madre soltera, le cortaba el pan en las mañanas y lo arreglaba en el plato junto a la fruta y la margarina.

La biblioteca, estar frente a ella, era como trasladarse a otra época, lejos de las rutinas. Pienso en mi madre y miro la biblioteca. Sonrío al imaginar que en algún diccionario pueda encontrarse como antónimos. Ella tan ocupada, siempre apurada, y la biblioteca detenida en el tiempo, radiando paz y tranquilidad. Leer es uno de los mejores vicios que ha ido perdiendo el hombre al avanzar en la tecnología, diría con nostalgia tía Carlota, cuando ya la telenovela se hubiera terminado. Sus libros estaban ordenados bajo un estricto régimen de tamaño, desde el más alto a la izquierda hasta un librito de versos de Hanni Ossott en el lado

derecho. Algunos títulos me causaron una mezcla efervescente de miedo y atracción: *Una temporada en el infierno*, *La literatura Nazi en América*, *La insoportable levedad del ser*, *El viaje vertical* y *El fin de la locura*, por ejemplo. Otros libros parecían más inofensivos, y se puede decir que hasta juguetones: *La ciudad y los perros*, *El ingenioso* hidalgo don *Quijote de La Mancha*, *El jardín de al lado*, *Las edades de Lulú*, y *Los detectives salvajes,* por nombrar algunos. Al final me decidí por un relato corto, (para ese entonces yo todavía le tenía pavor a los libros gruesos), un librito pequeño cuyo título me dio ganas de llorar, *El coronel no tiene quien le escriba*. Rápidamente me identifiqué con el viejo coronel, pues yo también pasaba las horas revisando mi correo electrónico, esperando que alguien, aparte de la avalancha de propagandas, me escribiera.

Ay, cómo habrá sido recibir cartas de verdad, que se puedan tocar y oler, romper y quemar. No creo que tía Carlota o el Coronel soporten una tarde entera frente a una pantalla azul, gastando el tiempo escribiendo y recibiendo banalidades de amistades invisibles. Sin embargo, mis trece años lo hacen varias veces por semana, porque cada cual espera no como quiere sino como mejor puede.

Mamá llegó después de las nueve, agotada, pero, como siempre, dispuesta a aceptarle a tía Carlota la taza de café de todos los días.

Guardé entre mis útiles del colegio el hambre y el gallo del Coronel, y nos despedimos de tía Carlota sin mucho teatro. Mientras cerraba la puerta me dijo que podía tomar cualquier libro de su biblioteca, cada vez que quisiera.

En el colegio jugaba béisbol en los recreos, comía de las empanadas grasientas de la cantina, y discutía en un coro machista contra las niñas, que estaban "pendientes

sólo de sus maquillajes y de los de camisa marrón." Todos asumíamos nuestros papeles de estudiantes de primer año, celosos de las compañeras que se fijaban de los que ya cursaban el ciclo diversificado. Ellas, tal vez de tanto escucharlo, se habían creído el cuento de que las mujeres maduran más rápido que los hombres, y por eso no debían de juntarse con gente que aún prefería "sudar a tener una conversación interesante." Dudo que sean solamente las conversaciones las que les atraigan. Tal vez eran los carros que ellos ya manejaban, o las manchas que oscurecían sus caras por las primeras barbas de vello duro y grueso. Sin embargo, me cansaba pronto de aquellas discusiones. El tiempo con la tía Carlota, que eran horas de soledad compartida, me había cambiado. Sentía un enfermizo afán por ponerme en los zapatos de los demás y tratar de entender cómo se sentían y por qué. Eso me llevaba a darle a todo el mundo la razón, perdiendo todas las facultades de sentido común que

por tanto tiempo gocé y que me habían ganado una reputación salomónica entre mis compañeros.

Una tarde descubrí un libro en casa de tía Carlota que me llamó la atención. *En la casa del pez que escupe agua*, dijo ella lentamente, agregando puntos suspensivos donde no los había, mientras lo tomaba de mis manos y lo alzaba, como tratando de verlo a trasluz.

- Creo que nunca lo leí, continuó con la mirada diluida en algún rincón de sus recuerdos. - Ahora que lo pienso, no sé por qué sigue aún en esta casa. Debí botarlo hacía bastante tiempo, concluyó. No abrió los puños por unos segundos. Y al abrirlas tenían sus palmas espacios blancos de cuando su fuerza había empujado la sangre con los dedos.

- Pero ¿por qué?, tía, pregunté alarmado.

- Porque me recuerda a la persona que me lo regaló. No tengo nada en contra de Herrera Luque. Es más, me parece que es uno de los mejores escritores que ha dado Venezuela en

los últimos años, y que su muerte prematura le dejó huérfano de un reconocimiento internacional que, la verdad, ya no sé si llegará.

- ¿A quién te recuerda?, me atreví a preguntar. - ¿A tu novio?, insistí, segundos después de su silencio.

Tía Carlota me miró con sus ojos verdes, brillantes por las lágrimas que se formaban.

- Sí, admitió. El hijo de puta me dejó luego del accidente, que, entre otras cosas, fue también culpa suya.

Fue la única vez que escuché a tía Carlota maldiciendo.

Por supuesto, me llevé el libro a casa. Esperé a que ella se fuera al baño, un poco yo con el corazón empañado, y lo metí en la carpeta azul donde guardo algunos papeles de La Salle. Ese día me fui temprano y con la sensación de llevar conmigo un tesoro histórico, un

instrumento capaz de cambiar vidas. Mamá soportó mi silencio hasta llegar a casa. Durante el camino me hizo pequeñas preguntas que yo respondía con monosílabos o parcos movimientos de cabeza. En el ascensor tuve la espeluznante sensación de que los ojos de Mamá se habían multiplicado. Su mirada usaba todos los espejos que nos rodeaban para estudiarme, convirtiendo la subida en una tortura inquietante y psicológica. A mi parecer, pasé la prueba, porque Mamá al final tuvo que rendirse y, de nuevo, preguntar.

-Explícame, Mario, ¿por qué ese silencio?. ¿Qué pasó esta vez en casa de tía Carlota?.

Pensaba en la señorita Nieves. Ahora sí que tengo la respuesta correcta a una pregunta que me hizo hace poco en clase. No es el fuego el invento más importante de la humanidad...

- ¡Claro que no!. El fuego ni siquiera es un invento, sino un descubrimiento-, interrumpió

Mamá, no sin una dosis de ego nostálgico.
-No lo digo por eso, pero es verdad que no es el fuego.
¿Cuál es, entonces?.

- La rueda.
- ¿La rueda?, preguntó Mamá.

- Sí, la rueda. La rueda casi mata a tía Carlota y a pesar de todo es ahora cuando más depende de ella. La rueda es muy poderosa, ¿no te parece?.

- La rueda sola no es problema. La rueda con velocidad, en cambio...

Mamá no terminó la frase. O tal vez la terminó y yo no acabé de escucharla. La velocidad tampoco es el problema, pensé. Lo malo es si la rueda y la velocidad se juntan con un desgraciado como... como...

Corrí a buscar el libro de Herrera Luque, pero no encontré el nombre del novio de tía

Carlota en ninguna página. Revisé la hora y era todavía la de las noticias y telenovelas, así que decidí comenzar a leer. “No la rueda sola”, escuché decir a Mamá desde su cuarto. “A veces todos hablamos solos”, me dije, casi sin conciencia. Di vuelta a la página y allí estaba: Con amor, Rafael».

Comentario

Este cuento de Savino, que expresa la fuerza de la juventud venezolana, nos induce a considerar la vida humana en una de sus facetas más importante: la esperanza.

La esperanza es una cualidad que favorece la vida humana; sin esperanza no hay futuro; con ella podemos esforzarnos con optimismo para superar las dificultades que la vida nos presenta en nuestro caminar cotidiano.

La esperanza es un modo de ser y, a la vez, una tendencia que radica en la voluntad de la persona. La esperanza es la actitud humana ante un bien que todavía no se posee, pero se espera fundadamente poder alcanzar, es decir, nace de la dificultad de alcanzar o evitar un objeto, que sin embargo, se presenta como posible. contraria es la desesperación.

El ser humano que espera es un ser que alcanza

esperando la plenitud de lo que es. La persona que espera se realiza a sí misma en la espera de verse un día realizada. Se hace más plenamente persona en su reconocimiento de que le falta algo todavía para serlo. Pero porque hay algo que le garantiza que podrá conquistar y alcanzar ese arduo bien, el ser humano sortea el escollo de la desesperación, que podría destruirlo.
La esperanza, además, va siempre unida al amor: se ama cuando se espera y se espera cuando se ama. Esto significa, entonces, que para tener esperanza hay que amar primero; la desesperanza, por el contrario, se tiene cuando hay ausencia de amor.

¿Por qué estoy triste, apesadumbrado, pesimista, inactivo? La raíz de estas actitudes está en la falta de amor: cuando se ama de verdad, se confía, se espera, porque el amor supera las dificultades y las convierte en *posibilidades.*

La historia que nos cuenta Savino es una historia real; una historia dolorosa. Sin embargo, ¿por

qué nos cuesta tanto dejar atrás lo que nos ha hecho sufrir? La esperanza facilita la superación de las angustias y sufrimientos de esta vida.

El árbol del mundo

(Cuento)

Anónimo

«Hace muchas lunas, el gran valle del Caroní fue llamado Uek-tá, que quiere decir tierra de los cerros.

Porque en las extensas sabanas regadas por el Yuruaní, el Tiriká y el Aichá, se elevaban el Iru-tepui, el Aparmán, el Apakará el Chimaté y el Auyan-tepui, como espíritus inmóviles de la llanura tras los que se ocultaba cada noche Wei, el sol, y desde los que llegaban estas brisas que agitan los morichales diseminados por el llano.

En los límites del valle estaba la selva, cerrada por árboles gigantescos, entrecruzada de bejucos, resonante de bramidos. Estaba lejos, pero la parda inmensidad de la llanura la hacía aparecer cercana.

En esta tierra de los cerros, largo tiempo hacia atrás, vivían cinco hermanos que se llamaban

Makunaima, el grande y malvado; Zigué, que significa nigua; Wacalambé, tromba de viento; Anzikilán, perdiz, y Mánápe, que quiere decir semilla de melón.
En aquella época lejana no había conucos, porque las gentes no sabían sembrar, y como tampoco habían aprendido aún a cazar ni a pescar, los cinco hermanos tenían siempre mucha hambre y no hallaban cómo hacer para satisfacerla.

Cerca de donde ellos vivían habitaba también un hombre que se llamaba Akuli, el cual mucho tiempo después se convirtió en roedor y es así como ahora lo conocemos. Ya entonces era Akuli ligerísimo y corría por todos los lados, llegando a veces a penetrar en la espesura de los bosques que rodean el llano.

Sucedió, pues, que de cierta vez que Akuli se había adentrado mucho en la selva, le llamó la atención un árbol grandísimo en el que nunca se había fijado antes: era el maravilloso

árbol Wazacá, que producía diversas clases de plátanos y daba también mamao, cajú, naranjas, maíz y otras muchísimas frutas. Akuli se quedaba asombrado viendo aquel árbol que era tan grande que no se podía abarcar su tronco de una sola mirada.
Probó de todas las sabrosas frutas y, muy contento, señaló bien el lugar donde se elevaba, para poder hallarlo siempre que quisiera.

Así, cada vez que el sol iluminaba los valles del Aichá y del Kuaná, se dirigía Akuli a la selva, buscaba su árbol maravilloso y, después que se hartaba de comer frutas, regresaba al lugar donde vivía, sin decir a los demás nada de lo que había descubierto.

Hasta que un día Mukanaima se fijó en el buen aspecto de Akuli y sospechó que algo era la causa de que estuviera tan gordo. Esperó la noche, que era cuando Akuli volvía de sus correrías, y le dijo con intención maliciosa:

-¿Por qué no dormimos, cuñado? Podíamos hacerlo ahora que el viento nos trae la brisa de los morichales.

A Akuli le pareció esto una buena idea y se tumbó a dormir. Makunaima entonces le abrió la boca con cuidado para no despertarlo y vio que aún tenía entre los dientes un pedazo de fruta; era un trozo del plátano Wazacá, el magnífico y exquisito plátano largo. Akuli estaba tan dormido que de nada se enteró.

Cuando pasó la noche y Wei se lanzó de nuevo sobre los cerros, Makunaima llamó a Kali, que entonces también era un hombre, y le dijo que se fuese con Akuli y que no lo perdiese de vista hasta lograr averiguar dónde encontraba la fruta.

Kali se fue, pues, con Akuli bosque adelante, sin dejar de observarlo con disimulo, y a cada rato le preguntaba:

-¿Qué árbol es éste? ¿Cómo se llama aquel

otro?

Pero Akuli nunca le contestaba, y aun cuando pasaron delante del mismo árbol de las frutas, de las que estaban comiendo muchos papagayos y periquitos, él no se detuvo como otras veces, y de esta manera Kali no pudo saber nada.

Makunaima se puso furioso al enterarse del fracaso de Kali y decidió enviar al siguiente sol a su hermano Mánápe, imaginando que éste sería más listo para descubrir el secreto de Akuli.

Aceptó Mánápe acompañar a los otros dos, y todos reunidos empezaron a caminar por la selva, por la que avanzaron un largo trecho, dejando atrás matas y árboles sin que Akuli se detuviera ante ninguno. Por fin se pararon ante el árbol Zaú, cuyas frutas tienen un gusto muy desagradable, y para engañar a Ma'nápe, Akuli le dijo:

-Tú puedes quedarte aquí y recoger los frutos de este árbol, porque nosotros vamos a seguir más adelante para ver si encontramos otros.

Sin replicar nada, Ma'nápe se quedó donde Akuli le había dicho. Entre tanto, éste y su compañero siguieron caminando y llegaron por fin al lugar donde se elevaba el Wazacá. Akuli se detuvo allí y le dijo:

- Este es el árbol que da todas las frutas. Fíjate cuántas hay en el suelo. Puedes comértelas.

Pero Kali le contestó:

- Me parece que las que hay arriba son mejores y voy a subirme a cogerlas.

- Arriba hay también muchísimas avispas y te picarán -le dijo Akuli- Mejor sería que no subieras.

Pero Kali era muy terco y se subió como pudo por el enorme tronco hasta alcanzar las

primeras ramas, que se curvaban bajo el peso de la fruta proyectando su sombra sobre la tierra como gigantescos cóndores de cien cabezas. Cuando Kali iba a alcanzar un gran plátano, que era una de las mejores frutas, sintió sobre sí un terrible zumbido, una bandada de avispas se le vino encima y todas le picaron en los párpados.

Kali se cayó al suelo y lleno de dolor, y le dijo a Akuli:

- ¡Ay, amigo, era cierto lo de las avispas, y por no hacerte caso, mírame cómo he quedado!

Y ésta es la causa de que Kali tenga desde entonces los párpados hinchados.

Cuando Makunaima vio volver a Kali con los ojos de aquella forma, pensó que algo extraño les había sucedido y se enfadó con Ma'nápe por haberse quedado tontamente donde le dijeron y no haber podido enterarse así de

nada. Por ello, les dijo:

- Mañana, con el nuevo sol, volverás a irte con ellos; pero cuando se te adelanten, tú te ocultas a un lado del camino y procuras descubrir dónde esconden los plátanos, para que puedas comerlos también cada vez que quieras.

Todo lo hizo Ma'nápe como su hermano se lo había dicho, y, protegido por las ramas de un macanillo, aguardó el regreso de los otros dos. Pero Akuli se había dado cuenta de su intención y escondió aquel día las frutas en un lugar más apartado y lejano que de costumbre, por lo cual, cuando se acercaron al sitio desde donde Ma'nápe los acechaba, ya no llevaban fruta ninguna en los cestos ni en las manos, y ni siquiera en la boca se les podía
ver señal de que hubieran comido.

Varias veces repitió Ma'nápe la misma estratagema, pero siempre fue burlado por la astucia de Akuli y de Kali, y así pasaron bastantes soles sin que hubiera conseguido

saber nada.

Entonces, Makunaima le dijo:

- No te quedes nunca atrás en el camino. Tienes que seguir a los otros donde ellos vayan y ésta será la única forma de que llegues a descubrirlos.

Ma’nápe convino en que así lo haría, y la primera vez que salieron al bosque, cuando llegaron al lugar donde solían abandonarlo, le dijo a Akuli:

- Esta vez iré con vosotros más adelante.

Akuli intentó hábilmente librarse de Mánápe, pero viendo que no podía, se dirigió al fin al árbol de las frutas y se lo mostró.

Allí estaba el árbol del mundo, más ancho y alto que ningún otro árbol. Era como un gran cerro en medio de la selva, y los nudos de su corteza parecían rocosas quebradas incrustadas en el tronco. Tan frondoso

estaba, que la luz del sol se había detenido sobre su altísima copa, y entre la penumbra de sus ramas, las avispas, los periquitos, los papagayos y otras muchísimas aves se disputaban el manjar de aquellas frutas, siempre fragantes y nunca acabadas.

Asombrado se quedó Mánápe viéndolo, y dijo con rabia a los otros:

-¿Cómo habéis podido venir aquí todos los días para hartaros de esto sin decir nada a nadie'?

-No te enfades - dijo Akuli disculpándose-. Sólo hemos querido darte una broma.

Pero Ma'nápe ya no lo escuchaba y se puso a comer con avidez las frutas que estaban en el suelo y las que alcanzaba de las ramas bajas. Cuando estuvo bien satisfecho fabricó un cesto de fibras de palma, para llevárselas a su hermano.

- Cuidado con las avispas- le advirtió entonces Akuli viéndolo encaramarse por el árbol.

Pero Ma’nápe le contestó que a él no le picarían, y, efectivamente, las avispas le dejaron coger las frutas sin atacarlo.
En cuanto el cesto estuvo bien repleto, Ma’nápe se marchó alegremente camino del valle y pudo al fin contar a Makunaima todo lo que le había sucedido y cómo existía un extraño árbol que producía todas las frutas.

Con esto, Makunaima se puso muy contento y los hermanos pudieron comer hasta saciarse».

Comentario

El bien común hace referencia al bien de toda la comunidad mientras que el bien particular expresa el bien del individuo. Desde que el ser humano apareció en la faz de la tierra, el conflicto entre estos dos tipos de bien ha sido permanente. ¿Por qué?

La narración que acabamos de leer nos muestra la actitud individualista de Akuli.

Si no hubiese sido por la acción de otros miembros de su grupo social, el árbol maravilloso que producía abundantes frutos no hubiese sido conocido y explotado.

El bien común reclama a los miembros de la sociedad, en cuanto que éstos están comprometidos entre sí, su participación responsable en la realización de un proyecto común; por ello, el bien común es el bien supremo de la comunidad.

El fin de la sociedad no es el bien individual, ni el conjunto de los bienes individuales de cada una de las personas que la constituyen. El fin de la sociedad es el bien de toda la comunidad, el bien del cuerpo social.

¿Cuál es la finalidad de nuestro trabajo, de nuestro descanso, de nuestras actividades culturales, artísticas, religiosas, recreativas…? Responder esta pregunta es fundamental si queremos obrar con sentido social y comunitario. Si lo que buscamos en nuestras acciones es una mera satisfacción personal, entonces podemos estar seguros *de que no estamos obrando en aras del bien común.*

El bien común de la sociedad nos interesa porque, en la medida en que la sociedad entera lo alcance, en esa misma medida lograremos nuestra propia felicidad.

La inundación

(Cuento)

Anónimo

«No habían pasado muchas lunas desde que Makunaima y sus hermanos comían las frutas del árbol maravilloso, cuando a Ma'nápe se le ocurrió de pronto la idea de derribarlo, y así se lo comunicó a los otros.

Entonces, Akuli, que era muy inteligente, le dijo:

- ¿Cómo piensas semejante cosa? El Wazacá nos da ahora sus frutos y todos podemos comer de ellos. Si lo derribas, en cambio; no sólo los perderemos, sino que además se producirá una gran inundación.

Todo esto lo escuchó Ma'nápe pensando no hacer ningún caso, porque era muy terco, así que se fue al rincón donde estaba su enorme

hacha y, cargándosela al hombro, cruzó el valle y la selva en dirección al árbol del mundo.

Entonces, Akuli se fue detrás de él para ver si podía evitar la inundación. Y caminando uno tras otro pronto llegaron al lejano lugar cubierto de sombras y oloroso de perfumes donde el Wazacá elevaba su mole frondosa por encima y aún más arriba del techo de la selva.

Ma'nápe se acercó decididamente al árbol y probó su hacha en la impenetrable corteza.
Y el hacha rebotó sobre la madera sin dejar la más pequeña señal de haberla rozado.

Entonces, Ma'nápe volvió de nuevo contra el Wazacá y dijo con su voz potente, que retumbaba por todo el bosque:

- Mazapa-yeg, élupa-yeg, makupa-yeg.

Invocando con este conjuro a los árboles

mazapa, mamo y cariaca, que tienen la corteza muy blanda, para ver si el Wazacá se ablandaba también.

No bien hubo dicho las mágicas palabras, cuando la corteza del Wazacá se ablandó y el hacha de Ma’nápe se hundió en el tronco y empezó a penetrar más y más hacia adentro.

Akuli, entonces, se asustó muchísimo y rogó de nuevo a Ma’nápe que no intentara derribar el árbol; pero, viendo que Ma’nápe no lo escuchaba, se puso a recoger rápidamente cera de abejas y cáscaras de frutas y a tapar con esto los huecos que se iban abriendo en el árbol, para ver si de aquel modo detenía la inundación.

Pero Ma’nápe avanzaba aún más rápido en la destrucción del árbol del mundo, con su invocación a los árboles blandos.

A todos los fue nombrando uno a uno, y

cuando finalmente dijo:

- Palulu-yeg.

El tronco se puso muy blando y el hacha entró tan adentro, que el Wazacá se desgarró en una enorme brecha que lo dejó unido solamente por un delgadísimo extremo, pues Ma'nápe había invocado con aquellas palabras la corteza de la papaya, que es blandísima.

Todos los hermanos habían llegado mientras tanto al lugar donde Ma'nápe y Akuli luchaban por conseguir sus contrarios deseos y, en el momento en que Ma'nápe parecía a punto de alcanzar el suyo, se escuchó un terrible grito que se alzó por encima de todos los ruidos de la selva:

- ¡Waina-yeg!

Era Anzikilán, que llegaba corriendo para salvar al árbol del mundo.

Y ante el nuevo conjuro, el Wazacá se volvió de pronto durísimo, pues Anzikilán había invocado la corteza del árbol Waina, que crece en las más altas montañas y cuyo tronco es tan duro como las rocas que forman el salto del Euteurimá.

El hacha se quedó entonces detenida sin avanzar nada, pero Ma’nápe, cerrado en su obsesión y sin desanimarse por esto, volvió a gritar con todas sus fuerzas:

- ¡Elupa-yeg, palulu-yeg!

Y el árbol del mundo, que ya tenía su tronco abierto como la entrada de una enorme y profundísima caverna, se descuajó con gran estrépito y derrumbó sobre la tierra sus anchas ramas extendidas hacia todos los vientos; su copa altísima y palpitante, cargada de frutos, y sus crujientes y poderosas raíces.

Arrastró el Wazacá en su caída piedras

y barro, matas, hierbas y bejucos, empujando también a los árboles Elu- yeg y Yaluwazáluima- yeg, de los que se formaron

las montañas que así se llaman ahora. Y de su tronco prodigioso, de sus raíces y de sus ramas se elevó la gran montaña Roraima, como un gigante de la llanura que ve pasar silenciosamente, tiempo tras tiempo, los soles, las lunas y los hombres.

La copa del Wazacá, con todos sus frutos, cayó rodando por la ladera norte de la montaña, y por eso en aquel lugar hay tantos platanales sin que nadie los haya sembrado. De ellos se aprovechan los malignos espíritus Máuari, que tienen sus casas en el Roraima y en otros cerros cercanos. Si la copa del árbol hubiera caído hacia el sur, serían los arekunas los que comerían sus frutos.

No había cesado aún el ruido de la caída del Wazacá, que como un gran lamento llegó a los más apartados rincones del bosque y de la llanura, cuando surgió de su tronco un gran chorro de agua que empezó a inundarlo todo, pasando velozmente ante Makunaima y sus hermanos y salpicándoles de gotas brillantes y duras como flechas.

Entre su espuma arrastraba el agua miles de peces y los hermanos los miraban con deseos ce alcanzarlos, pero era tanta la fuerza de la corriente, que los más grandes desaparecían inmediatamente de la vista y sólo se iban quedando rezagados los más pequeños, por lo que ni Makunairra ni los otros pudieron coger ninguno de los que más apetecían.

Así fue cómo, cumpliéndose la predicción de Akuli, en aquellos tiempos lejanos, la tierra y los hombres conocieron la gran inundación».

Comentario

La tierra en la que vivimos está constituida por seres muy diversos; cada mineral, cada vegetal y cada animal tienen su razón de ser. A los seres humanos, que nos distinguimos de los demás porque tenemos la capacidad de reflexionar, de razonar y de amar, nos corresponde, por esta razón, administrar las riquezas de la tierra.

Sin embargo, la historia humana está llena de hechos que muestran la irracionalidad con la que, en ocasiones, actúa el hombre, irrespetando el orden de la naturaleza y destrozando el medio ambiente.

¡Todos los seres que habitan el planeta tierra tienen una razón de ser! Todo atentado contra la naturaleza se revierte sobre nosotros mismos, como un bumerang; *actuar contra la naturaleza es la actitud más absurda que un ser humano puede expresar.*

El cuidado del medio ambiente es una necesidad global, en el sentido que a todos nos afecta; el medio ambiente es nuestro medio de subsistencia: destruirlo es destruirnos a nosotros

mismos. Esto no significa que el ser humano no pueda utilizar para su propio desarrollo de esos bienes; todo lo contrario.

La naturaleza existe con una maravillosa armonía: unos seres sirven a otros. Los vegetales forman el ambiente adecuado y sirven para alimentar a los animales y al hombre. Los animales desarrollan una vida más independiente, aunque también están supeditados unos a otros. Al ser humano le corresponde velar para que esa armonía natural no se rompa en beneficio de toda la realidad.

Como buen administrador, el ser humano ha de obtener el mejor bien posible a toda la naturaleza. Actuar con responsabilidad en este ámbito significa conocer las consecuencias de cada acción sobre los seres (vivos y no vivos); la responsabilidad reclama respeto y prudencia.

La historia de un caballo que era bien bonito

(Cuento)

Aquiles Nazoa

«Yo conocí un caballo que se alimentaba de jardines.

Todos estábamos muy contentos con esa costumbre del caballo; y el caballo también porque como se alimentaba de jardines, cuando uno le miraba los ojos las cosas se veían de todos los colores en los ojos del caballo.

Al caballo también le gustaba mirarlo a uno con sus ojos de colores, y lo mejor del asunto es que con los ojos de ese caballo que comía jardines se veían todas las cosas que el caballo veía, pero claro que más bonitas, porque se veían como si tuvieran siete años. Yo a veces esperaba que el caballo estuviera viendo para donde estaba mi escuela. El entendía la cosa y

miraba para allá, y entonces mi hermana Elba y yo nos íbamos para la escuela a través de los ojos del caballo.

¡Qué caballo tan agradable!

A nosotros cuando más nos gustaba verlos era aquellos domingos por la mañana que estaban tocando la retreta y ese caballo de colores llegaba por ahí vistiéndose de alfombra por todas partes que pasaba.

Yo creo que ese caballo era muy cariñoso. Ese caballo tenía cara de que le hubiera gustado darle un paseíto a uno, pero quien se iba a montar en aquel pueblo en un caballo como ese, pues a la gente de ahí le daba pena; ahí nadie tenía ropa aparente.

Cómo sería de bonito ese caballo que con ese caballo se alzó Miranda contra el gobierno porque se inspiró en el tricolor de sus labios y en el rubio de sus ojos.

Ese caballo si se veía bonito cuando estaban tocando ahí esa retreta y el Señor Presidente de la Sociedad de Jardineros lo traía para que se desayunara en la plaza pública.

Que caballo tan considerado. Ese caballo podía estar muy hambriento, pero cuando los jardineros lo traían para que se comiera la plaza, él sabía que en el pueblo había mucha gente necesitada de todo lo que allí le servían, y no se comía sino a los músicos.
Y los músicos encantados. Como el caballo estaba lleno de flores por dentro, ellos ahí se sentían inspirados y se la pasaban tocando música dentro del caballo.
Bueno, y como el caballo se alimentaba de jardines y tenía todos los colores de las flores que se comía, la gente que pasaba por ahí y lo veía esperando que los jardineros le echaran su comida decían: míreme ese caballo tan bonito que está ahí espantándose las mariposas con el rabo.

Cómo sería de bonito ese caballo que con ese caballo se alzó Miranda contra el gobierno porque se inspiró en el tricolor de sus labios y en el rubio de sus ojos.

Y el caballo sabía que decían todo eso, y se quedaba ahí quietecito sin moverse para que también dijeran que aquel caballo era demasiado bonito para vivir en un pueblo tan feo, y unos doctores que pasaron lo que dijeron es que lo que parecía ese caballo es que estaba pintado en el pueblo.

¡Así era de bonito ese caballo!

Todo el mundo era muy cariñoso con ese caballo tan bonito, y más las señoras y señoritas del pueblo, que estaban muy contentas con aquel caballo que se alimentaba de jardines. ¿No ve que como consecuencia de aquella alimentación lo que el caballo echaba por el culito eran rosas?

Así, cuando las damas querían adornar su casa o poner un matrimonio, no tenían más

que salir al medio de la calle y recoger algunas de las magníficas rosas con que el caballo le devolvía sus jardines al pueblo.

Una vez en ese pueblo se declaró la guerra mundial, y viendo un general el hermoso caballo que comía jardines, se montó en él y se lo llevó para esa guerra mundial que había ahí, diciéndole: mira caballo, déjate de jardines y de maricadas de esas y ponte al servicio de tal y cual cosa, que yo voy a defender los principios y tal, y las instituciones y tal, y el legado de yo no sé quien, y bueno, caballo, todas esas lavativas que tú sabes que uno defiende.

Apenas llegaron ahí a la guerra mundial, otro general que defendía el patrimonio y otras cosas así le tiró un tiro al general que estaba de este lado de la alcabala, y al que mató fue al caballo que se alimentaba de jardines, que cayó a tierra echando una gran cantidad de pájaros por la herida porque el general lo había herido en el corazón.

La guerra por fin tuvo que terminarse porque si no hubiera quedado a quien venderle el campo de batalla.

Después que terminó la guerra, en ese punto que cayó muerto el caballo que comía jardines, la tierra se cubrió de flores.

Una vez venía de regreso para su pueblo uno que no tenía nombre y estaba muy solo y había ido a recorrer mundo buscando novia porque se sentía bastante triste, ¿no ve que le mataron hasta el perro con eso de la defensa de los principios y tal?, y no había encontrado novia alguna porque era muy pobre y no tenía ninguna gracia.

Al ver ese reguero de flores que había ahí donde había muerto el caballo que comía jardines, el hombre cogió una de su gusto y se la puso en el pecho. Cuando llegó al pueblo encontró a su paso una muchacha que, al verlo con su flor en el pecho, dijo para ella misma: que joven tan delicado que se pone en el pecho esa flor tan bonita. Hay cosas

bonitas que son tristes también, como esa flor que se puso en el pecho ese joven que viene ahí. Ese debe ser una persona muy decente y a lo mejor es un poeta.

Lo que ella estaba diciendo dentro de ella con ese asunto, el hombre no lo escuchó con el oído, sino como lo oyó fue con esa flor que tenía en el pecho.

Eso no es gracia; cualquiera pude oír cosas por medio de una flor que se ha puesto en el pecho. La cuestión es que uno sea un hombre bueno y que reconozca que no hay mayores diferencias entre una flor colocada en el pecho de un hombre y la herida de que se muere inocentemente en el campo un pobre caballo.

Qué iba a hacer, le regaló a aquella bonita muchacha la única cosa que había tenido en su vida, le regaló a la muchacha aquella flor que le servía a uno para oír cosas: ¿quién con un regalo tan bueno no enamora inmediatamente a una muchacha?

El día que se casaron, como el papá de ella era un señor muy rico porque tenía

una venta de raspado, le regaló como veinticinco tablas viejas, dos ruedas de carreta y una moneda de oro.

Con las veinticinco tablas el hombre de la flor se fabricó una carreta y a la carreta le pintó un caballo, y con la moneda de oro compró una cesta de flores y se las dio de comer al caballo que pintó en la carreta, y ese fue el origen de un cuento que creo haber contado yo alguna vez y que empezaba: “Yo conocí un caballo que se alimentaba de jardines”».

Comentario

Es importante que nos preguntemos con cierta frecuencia, ¿por qué y para qué trabajo?, ¿por qué y para qué estudio?,
¿por qué y para qué me divierto? Se trata de *indagar por el sentido y el fin de nuestras vidas. Una de las cosas que este cuento nos induce a pensar es que la historia humana está repleta de aventureros que, para alcanzar sus ambiciones personales, convencen a otras personas, muchas veces ignorantes, para que le acompañen en sus desvaríos, sin que éstas sepan, a ciencia cierta, por qué lo hacen. Simón Rodríguez, el maestro del Libertador, advirtió hace tantos años que la actitud más frecuente en los malos gobernantes es la de mantener a sus súbditos en la ignorancia, porque eso les reporta beneficios en el ejercicio de su función, ya que con esa condición, elpueblo es incapaz de exigir sus derechos y de participar activamente (protagónicamente decimos hoy), en los asuntos*

públicos, cuestión que les corresponde por derecho propio, y de esa manera pueden ellos, los gobernantes, imponer sus decisiones sin reclamo alguno. Cuando la ignorancia se refiere a los principios sociales, es trágica, porque imposibilita a los ciudadanos conocer su realidad y progresar individual y colectivamente. Sin educación el ser humano no puede desarrollarse como tal. De ello se deduce la importancia de enseñar a todos los miembros de la sociedad. No habrá jamás verdadera sociedad, si no se educa a sus miembros.

Viaje a la luna piragua

(Cuento)

José Contreras Galvís

«Allá por los días en que murió Doña Inés, yo era aún aquel muchacho zagaletón de calles, quebradas y ríos. Todos nosotros éramos como hojas caídas reventando en el viento y pasándose en cada esquina de su patria, sin importarnos siquiera qué fuego de fusil perseguía ni quién era el perseguido. Cuando murió entonces doña Inés (aún antes de su muerte), nosotros comenzábamos a partir de haber nacido en un rincón del mundo que hablaba del equinoccio y del solsticio, como si fueran dos ángeles recién venidos de los cielos a trompetear el final de la historia en un rojo apocalipsis. Eran los tiempos de nuestras avanzadas semidesnudas, sobre la carretera o el camino, que terminaban con el flamear trepidante de las camisas a la orilla del rio. Siempre éramos siete, cinco, tres, seis, cuatro, ¡el que llegue primero al borbollón!

Y en la espuma arenosa se zambullían las cabezas que peleaban a corazón y brazo contra el empellón de la corriente. Luis Cano y yo le buscábamos la salida a los rápidos y emergíamos con cierta pericia más allá del peligro, donde el agua se empozaba girando tranquila y fresca. El Zurdo, más enjuto y enclenque —ahora el más musculoso de casa—, se empinaba en la desesperación del espumero que le hacía tragar arena después de zarandearlo.

Antonio Ramón, lo levantaba más abajo y le aporreaba la tos que le surtía por nariz y boca. Nos bañábamos esta vez en el Grita, un encabritado río que pasa por Seboruco en una carrera de espanto, arrastrando fuerte sus aguas sobre el filo de las rocas. Casi siempre íbamos allí a cueviar corronchos y a jugar al viaje a la luna o a la presidencia, como si anheláramos un día repartir el infantil poder de nuestras manos hambrunas de tanto pasar sueños.

Allí bajaba el Cano con el cuerpo sentado como

un bote sobre la corriente. Arriba del pozo venía Antonio Ramón casi cruzando Piedra Roja. Y por último el viaje a la luna traía veloz al zurdo con los ojos abiertos del susto que le golpeaba entre las piedras.

Yo en la orilla creí que se estaba haciendo el miedoso, pero después ya no. Luis Cano había empezado a perseguirlo por la otra orilla mientras yo me enardecía penetrando en el agua, arrancando con los pies los berros de la ribera. El Zurdo

seguía bajando mallugado entre las piedras como una cáscara de caimito confundida en la espuma. No recuerdo bien, pero Antonio Ramón estaba quizás plantado en la arena, como una de esas veradas con las que hacíamos volantines, meciéndose en el ventarrón de la angustia y el miedo.

Cano corría como una lagartija. Yo bajaba de barriga como la piragua que estrenó mi tatarabuelo indio en caño Ciscatera cuando tenía un millar de lunas.

Ahora doña Inés se estaba muriendo. Y César Orlando estaría estudiando entonces primer año en Tía Juana campo petrolero. Y los árabes llegaban con la feria de los caballos al pueblo. Doña Inés agonizando: allá arriba en San Diego, respirando muy débil. Acá Luis Cano y yo respirando caliente la carrera como lagartijas y piraguas. El Zurdo ahogándose y mamá creía que estábamos en la escuela haciendo fila para recreo después del himno nacional. Y la gente en la salida del pueblo, en el terreno de jugar fútbol, béisbol, vaqueras o el ladrón librao. La gente comprando los caballos que vendían los árabes. Hasta el profesor Chacón compraba su mostrenco viejo. Y el Zurdo bajaba más rápido que nunca. Silencioso entre las mallugaduras. Boqueando. Tratando de no voltear la cabeza en la corriente, porque ahí sí que se mataba. Antonio Ramón parado bien arriba meciéndose al viento como una verada de cometa y el Luis Cano y yo

corriendo ya cerquita del zurdo
como lagartija y piragua. La recua salvaje de los árabes iba disminuyendo como la distancia entre el Zurdo y nosotros. A doña Inés le disminuía el resuello y a mamá
el tiempo de llegar los muchachos de la escuela. César Orlando allá en Tía Juana recordando la piragua del tatarabuelo indio surcando la última respiración de doña Inés y nosotros a punto de agarrar al Zurdo. Allá los muchachos del pueblo que ahora estarían sólo obedeciendo en la escuela, haciendo la fila y oyendo el himno.

Aquí el Cano y yo con las uñas de los pies destrozadas cargando el cuerpo pálido del Zurdo que boqueaba en temblores. Doña Inés oyendo al cura en un postrer secreto y mamá esperando a los muchachos
que, ¡ya están por llegar de la escuela!
César contando los días que faltan para
las vacaciones. Los árabes engatusando
a la gente con aquellos caballos que se
murieron toditos a las tres semanas de

haber partido los ferieros. El Zurdo puesto sobre la arena con la cabeza llena de berros y espuma. El Cano y yo con los pies sangrando y el rostro tenso. Antonio Ramón acercándose lloroso por el camino de la ribera. Y después la cuesta. La misma por donde bajando enarboláramos la carrera alegre y trepidante, era ahora una subida de trozos lentos y respiros largos.

Caminábamos destrozados en silencio. Con la mirada sobre el polvo calizo del camino y un intenso temor desollándonos las costillas que se nos angustiaban con los pensamientos. Y era quizás porque todos nos estábamos suponiendo,... si se nos hubiese ahogado el Zurdo, ¿qué íbamos a decir a mamá...?»

Comentario

Este cuento expresa, de un modo especialmente intenso, la vida cotidiana de cualquier poblado venezolano y de tantos muchachos que buscan aventuras propias de la niñez y de la juventud. Podemos fijarnos en aquello que une a los protagonistas del cuento: la amistad. ¿Qué significa ser amigos? Los griegos consideraban la amistad como el más alto grado de amor humano y la entendían como el amor que exige reciprocidad: es un amor incondicionado, solidario, auténtico, desinteresado…

El amor no es un mero impulso, producto de la sociabilidad del ser humano y exigido por la necesidad de entablar con sus semejantes una buena relación interpersonal. Es mucho más que eso; el amor es la condición base para la convivencia humana y social, para la verdadera felicidad.

EL amor se manifiesta de dos formas: de un modo activo, cuando es uno el que toma la iniciativa; y de un modo pasivo, cuando recibimos amor de otra persona. En realidad, ambas formas se dan simultáneamente, porque el amor verdadero es recíproco y esa reciprocidad lleva a desarrollar continuamente actitudes de generosidad, de entrega, de sacrificio, de abnegación, de compasión, de solidaridad, de ayuda… Amar a otro supone «hacerse con el otro», exige asumir la responsabilidad del otro como ser humano. ¿Amamos a nuestros amigos de esta manera?

Historia de la Señorita Grano de Polvo, bailarina del sol

(Cuento)

Teresa de la Parra

«Era una mañana de fines del mes de abril.

El buen tiempo en delirio, contrastaba irónicamente con un pobre trabajo de escribanillo que tenía yo entre manos aquel día. De pronto como levantara la cabeza vi a Jimmy, mi muñeco de fieltro que se balanceaba sentado frente a mí, apoyando la espalda en la columna de la lámpara. La pantalla parecía servirle de parasol. No me veía y su mirada, una mirada que yo no le conocía estaba fija con extraña atención en un rayo de sol que atravesaba la pieza.

—¿Qué tienes, querido Jimmy? —le pregunté—. ¿En qué piensas?

—En el pasado —me respondió simplemente sin mirarme— y vovió a sumirse en su contemplación.

Y como temiese haberme herido por la brusquedad de la respuesta:

—No tengo motivos para esconderte nada —replicó—. Pero, por otro lado, nada puedes hacer ¡ay! por mí; y suspiró en forma que se me destrozó el corazón.

Tomó cierto tiempo. Dio media vuelta a las dos arandelas de fieltro blanco que rodean sus pupilas negras y que son el alma de sus expresiones. Pasó ésta al punto de la atención íntima, al ensueño melancólico. Y me habló así:

—Sí, pienso en el pasado. Pienso siempre en el pasado. Pero hoy especialmente, esta primavera tibia e insinuante reanima mi recuerdo. En cuanto al rayo de sol quien, clava a tus pies, fíjate bien, la alfombra que transfigura, este rayo de sol se parece tanto a aquel otro en el cual encontré por primera vez a... ¡Ah! siento que necesitarás suplir con tu complacencia la pobreza de mis palabras!

—Imagínate la criatura más rubia, más argentinada, más locamente etérea que haya nunca danzado por sobre las miserias de la vida. Apareció y, mi ensueño se armonizó al instante con su presencia milagrosa. ¡Qué encanto! Bajaba por el rayo del sol, hollando con su presencia deslumbrante aquel camino de claridad que acababa de recordármela. Suspiros imperceptibles a nuestro burdo tacto animaban a su alrededor un pueblo de seres semejantes a ella, pero sin su gracia soberana ni su atractivo fulminante.

Retozaba ella con todos unos instantes, se enlazaba en sus corros, se escapaba hábil por un intersticio, evitaba de un brinco el torpe abrazo del monstruo—mosquito ebrio y pesado como una fiera... mientras que un balanceo insensible y dulce la iba atrayendo hacia mí. —Dios mío ¡qué linda era!

—Como rostro no tenía ninguno propiamente hablando. Te diré que en realidad no poseía una forma precisa. Pero tomaba del sol con vertiginosa rapidez todos los rostros que yo hubiese podido soñar y que eran precisamente los mismos con que soñaba cuando pensaba en el amor. Su sonrisa en vez de limitarse a los pliegues de la boca se extendía por sobre todos sus movimientos. Así, aparecía, tan pronto rubia como el reflejo de un cobre, tan pronto pálida y gris como la luz del crepúsculo, ya oscura y misteriosa como la noche. Era a la vez suave como el terciopelo, loca como la arena en el viento, pérfida como el ápice de espuma al borde de una ola que se rompe. Era mil y mil cosas más rápido que mis palabras no lograba seguir sus metamorfosis.

—Quedé larguísimo rato mirándola, invadido por una especie de estupor sagrado...

De pronto se me escapó un grito... La bailarina etérea iba a tocar el suelo.

Todo mi ser protestó ante la ignominia de

semejante encuentro, y me precipité.

—Mi movimiento brusco produjo extrema perturbación en el mundo del rayo del sol y muchos de los geniecillos se lanzaron, creo que por temor hacia las alturas. Pero mis ojos no perdían de vista a mi amada.

Inmóvil, conteniendo la respiración, la espiaba con la mano extendida. ¡Ah divina alegría!

La mayor y la última ya de mi vida. En esa mano extendida había ella caído. Renuncio a detallarte mi estado de espíritu. El corazón me latía en forma tan acelerada que, en mi mano temblorosa, mi dueña bailaba todavía. Era

un vals lento y cadencioso de una coquetería infinita.

—Señorita Grano de Polvo... le dije.

—¿Y cómo sabes mi nombre?

—Por intuición, le contesté, el... en fin... el amor.

—El amor, exclamó ella. ¡Ah! y volvió a bailar, pero de un modo impertinente. Me pareció

que se reía.

—No te rías —le reproché—, te quiero de veras. Es muy serio.

—Pero yo no tengo nada de seria — replicó—. Soy la Señorita Grano de Polvo, bailarina del sol. Sé demasiado que mi alcurnia no es de las más brillantes. Nací en una grieta del piso y nunca he vuelto
a ver a mi madre. Cuando me dicen que es una modesta suela de zapato, tengo que creerlo, pero nada me importa puesto que soy ahora la bailarina del Sol. No puedes quererme. Si me quieres, querrás también llevarme contigo y entonces ¿qué sería de mí? Prueba, quita tu mano un instante y ponla fuera del rayo.
Le obedecí. Cuál no fue mi decepción cuando en mi mano, reintegrada a la penumbra, contemplé una cosita lamentable e informe, de un gris dudoso, toda ella inerte y achatada. ¡Tenía ganas de llorar!

—¡Ya ves! —dijo ella—. Está ya echa la experiencia. Sólo vivo para mi arte. Vuelve a ponerme pronto en el rayo del sol.

Obedecí. Agradecida bailó de nuevo un instante en mi mano.

—¿De qué cosa es tu mano?

—Es de fieltro, contesté ingenuamente.

—¡Es carrasposa! exclamó. Cuánto más prefiero mi camino aéreo—y trató de volar. Yo no sé qué me invadió. Furioso, por el insulto, pero además por el temor de perder a mi conquista, jugué mi vida entera en una decisión audaz. Será opaca, pero será mía, “pensé”. La cogí y la encerré dentro de mi cartera que coloqué sobre mi corazón.

Aquí está desde hace un año. Pero la alegría ha huido de mí. Esta hada que escondo, no me atrevo ya a mirarla tan distinta la sé, de aquella visión que despertó mi amor. Y sin embargo prefiero

retenerla así que perderla de un todo al devolverle su libertad.

—¿De modo que la tienes todavía en

tu cartera?, —le pregunté picado de curiosidad.

—Sí. ¿Quieres verla?

Sin esperar mi respuesta y porque no podía aguantar más su propio deseo, abrió la carta y sacó lo que se llamaba: “la momia de la Señorita Grano de Polvo”. Hice como si la viera, pero sólo por amabilidad, pues en el fondo, no veía absolutamente nada.

Hubo entre Jimmy y yo un momento de silencio penoso.
—Si quieres un consejo —le dije al fin— te doy este: Dale la libertad a tu amiga. Aprovecha ese rayo de sol. Aunque no dure más que dos horas serán dos horas de éxtasis. Eso vale más que continuar el martirio en que vives.

—¿Lo crees de veras? —interrogó él mirándome

con ansiedad—.

Dos horas. ¡Ah, qué tentaciones siento! Sí, acabemos: ¡sea!

Así diciendo, sacó de su cartera a la Señorita Grano de Polvo y la volvió a colocar en el rayo. Fue una resurrección maravillosa. Saliendo de su misterioso letargo la bailarinita se lanzó loca, imponderable y como espiritual, idéntica a la descripción entusiasta que me había hecho Jimmy. Comprendí al punto su pasión. Había que verlo a él inmóvil, bocabierto ebrio de belleza. La voluptuosidad amarga del sacrificio se unía a la alegría purísima de la contemplación. Y, a decir verdad, su rostro parecía más bello que la danza del hada, puesto que estaba iluminado de una nobleza moral extraña a la falaz bailarina.

De pronto, juntos, exhalamos un grito. Un

insecto enorme y estúpido, insecto grande como la cabeza de un alfiler, al bostezar acababa de tragarse a la Señorita Grano de Polvo.

¿Qué más decir ahora?

El pobre Jimmy con los ojos fijos consideraba la extensión de su deleite. Nos quedamos largo rato silenciosos incapaces de hallar nada que pudiese expresar, yo mi remordimiento y él su desesperación. No tuvo ni para mí, ni para la fatalidad siquiera una palabra de reproche, pero vi muy bien cómo bajo el pretexto de levantar la arandela de fieltro que gradúa la expresión de sus pupilas, se enjugó furtivamente una lágrima».

Comentario

A lo largo de la historia, filósofos, literatos, poetas, historiadores, amantes, padres y madres, hijos e hijas han expresado de mil formas el contenido de la palabra amor. Esto quiere decir que existen muchas maneras de amar. Sin embargo, en todas ellas existe un rasgo común, una condición determinante: el verdadero amante es aquél que desea el bien del amado. Sería absurdo pensar otra cosa. Pero debemos precisar más: desear el bien del amado significa desear su bien siempre, sin condiciones. Es por eso que se ha dicho tantas veces que el amor es eterno, si es verdadero amor. Desde el mismo instante en que uno de los amantes pone una condición para amar y ser amado, eso ya no es amor, es otra cosa: interés, conveniencia, egoísmo…

El que ama de verdad desea ante todo la felicidad del otro, del tú; y desea, además, que ese tú se desarrolle con autonomía, con libertad, la libertad que crece con el verdadero amor. Un amor que implique algún tipo de esclavitud, de

sometimiento absoluto, de dependencia total, no es verdadero amor. El auténtico amor exige el respeto a la autonomía del otro, aunque exija la entrega «incondicionada». Entrega incondicionada no equivale a negar la propia autonomía, más bien la respeta y la promociona en el contexto de un verdadero amor. ¿Cómo era el amor de Jimmy?

Si hay algo que llama poderosamente la atención en la cultura denominada postmoderna es precisamente la confusión que existe en relación con el concepto del amor. Producto de una concepción hedonista (búsqueda del placer como motivación casi exclusiva del obrar humano); utilitarista (identificar el amor con un interés individual, porque se considera al otro como un instrumento para alcanzar la felicidad individual); consumista (considerar el amor como un bien de consumo que se usa y luego se desecha…); y materialista (el amor es producto exclusivamente de fenómenos físicos, biológicos y químicos, porque todo en el ser humano es

material), ya no se sabe a ciencia cierta qué significa amar.

Es importante que definamos qué entendemos por amor, si deseamos obrar de un modo verdaderamente humano.

De cómo Tío Tigre le pidió los papeles a Tío Burro

(Cuento)

Pilar Almoina

«En una ocasión, iba Tío Burro de travesía por el monte cuando se detuvo a comer un poco de pasto. De pronto, le salió Tío Tigre de un matorral:

- Vea, Coronel –que así llamaban a Tío Burro en aquellos tiempos a causa de su valor en los combates- vea, qué casualidad de habernos encontrado… ¿Y adónde va por estos lados?

A Tío Burro le molestó que Tío Tigre se metiera en sus cosas privadas y no le contestó. Entonces Tío Tigre llevó adelante su plan y le dijo:

- Sucede que estoy por aquí en comisión de gobierno, y estoy obligado a pedirle los papeles a todo animal que pase; así sea mi amigo, como usted. Al que no los tenga, me lo llevo

preso.

Pero Tío Burro, que no se enredaba en las espuelas, replicó:

- Vaya atrás, amigo Tío Tigre, para que los vea; pues para mayor seguridad, traigo el permiso escrito en los cascos.

Entonces Tío Tigre se acercó a uno de los cascos que Tío Burro había levantado. Pero en ese mismo instante recibió tan tremenda patada de Tío Burro que cayó desmayado por allá lejos.

Cuando recobró el conocimiento, Tío Tigre se vio solo en medio del monte, y decía entre gemidos y lamentaciones:

- ¡Quién me manda a pedir papeles si yo no sé leer!»

Comentario

¿Por qué será que obramos en ocasiones como Tío Tigre asumiendo el papel que no nos corresponde? Para realizar cualquier actividad humana debemos tener la competencia necesaria. ¿Qué significa tener competencia? Significa que debemos poseer los conocimientos necesarios que se requieren en cualquier actividad y, sobre todo, saber aplicarlos convenientemente en cada ocasión que *se requiera, integrándolos con otros saberes y con la experiencia propia y ajena. Para adquirir las competencias necesarias hace falta, por tanto, prepararse, formarse, aprender; nadie da lo que no tiene, dice el refrán popular. Tío Tigre es un buen ejemplo de mediocridad: sabe que no sabe y aun así, pretende actuar con autoridad. ¿No resulta más coherente reconocer nuestra ignorancia y poner los medios para salir de ella?*

La primera actitud del verdadero sabio ha de ser la humildad; y la humildad reclama el conocimiento propio: conocimiento verdadero,

que evita la confusión entre lo que somos y lo que nos gustaría ser (entre el ser y el deber ser).

Coro de Ángeles

(Cuento)

Anónimo

«Venía enfrascado en mis pensamientos cuando unavoz melodiosa dijo:

- Señores pasajeros, estamos llegando a la isla Terceira. ¡Abróchense los cinturones!

En la semipenumbra del atardecer vi algunas montañas y llanuras. Había leído que las Azores son islas abundantes en agua y se dedican especialmente a la agricultura, pesca y artesanía. Miré por la ventanilla: al final de la pista de aterrizaje vi muchas luces. ¿Qué sería aquello? - me pregunté-.

"Esperaría al aterrizaje para preguntar a la aeromoza". Salí de último, al fin y al cabo, nadie me esperaba. El personal del avión no sabía lo que significaban aquellas luces. "¡No importa! -me dije- ¡Ya lo averiguaré!"

Llegué al hotel entrada la noche y después de comer una rica especialidad de la isla, me retiré a mi habitación.

Mi ánimo estaba inquieto y mi imaginación vagaba de un lugar a otro.

Me vi en otro aeropuerto despidiendo a un grupo de muchachos. Todos hablaban alto, reían y me gastaban bromas:"¡Pero, Andrés, cómo se te ocurre meter la pata a estas horas, ahora no nos puedes acompañar...!" Yo sonreía, aunque me daba mucha rabia por mi mala suerte. Tenían razón. "¿Por qué me había caído y roto la pierna cuando estaba a punto de viajar?" Natalia me miraba con sus grandes ojos azules, me apretó una mano y yo sentí su energía: "¡Cuídate, Andrés!
¡Te echaré mucho de menos!" -contesté.
¡Y yo a ti...! ¡Cuídate, amor!

Sus expresivos ojos se humedecieron y

sentí una gran emoción seguida de un sentimiento de angustia, como si algo se rompiera dentro de mí. No le dije nada para no entristecerla y cambié la conversación, le gasté bromas. Así transcurrió el tiempo hasta que llamaron para abordar el avión.
Natalia apresuradamente me dio un beso y salió corriendo. Me asomé al ventanal y no me despegué de allí hasta que el avión hubo desaparecido.

De regreso, miré la pierna enyesada con todas las firmas y bromas de mis amigos. Me preguntaba: “¿Por qué no pude viajar?” Mi hermano que era el que manejaba el automóvil me preguntó:

- ¿Qué pasa, Andrés? Te veo muy triste, tranquilízate, si no viajaste, por algo será.
No dije nada, solo contesté sacudiendo mis pensamientos:

- ¡Pasará!

Aquella noche dormí intranquilo, aunque traté de serenarme. Hablé con los nativos acerca de las luces en la pista de aterrizaje, conocí la isla, los alrededores del aeropuerto y visité las playas cercanas.

Estaba informado de todo lo que necesitaba conocer. Eran las seis y media de la tarde y el sol estaba llegando al ocaso. El cielo y el mar se tiñeron de arreboles. Soplaba una brisa fresca, pensé en mi país tropical y en sus coloridos atardeceres. Caminé un rato descalzo por la playa que estaba semidesierta. Sentí una gran emoción, el corazón me saltaba en el pecho: “¡Es cierto...!” Se escucharon las notas del Ave María de Schubert. Un coro de ángeles las entonaba. Se me erizaron los vellos y sentí que no estaba solo. “¡Dios mío…!” -exclamé como si susurrara una oración-. Me sentí transportado a otra dimensión, como si flotara y no tuviera materia. El coro celestial enmudeció y volví a la realidad.

Me puse los zapatos y llegué al final de la pista de aterrizaje, a lo lejos la ciudad prendía sus luces; a la derecha, el aeropuerto se iluminaba también. Caminé unos pasos. Delante de mí, cientos de velas prendidas y una hondonada como si fuera una concha acústica; bajé unas gradas y entré en una capilla subterránea. El sencillo altar tenía solo una rústica cruz de madera. Delante de él muchas flores y en las paredes gran cantidad de exvotos por favores recibidos. “Es igual a como me la había imaginado”. Me senté y tapé la cara con las manos, volví al pasado…

El regreso a Caracas había sido angustioso. Esa noche no pude dormir. En la madrugada las noticias decían: “Un avión de las Fuerzas Armadas Venezolanas zozobró cuando iba a tomar pista en el aeropuerto de Lages, isla Terceira de las Azores, a las siete y cuarenta minutos hora de Venezuela, nueve y cuarenta

y tres minutos, hora de Portugal. Seguiremos informando”.

Al poco rato continuaban las noticias: “El avión que se precipitó a tierra era un Hércules C-130, cuatrimotor de plano alto con las siglas YV7772. El accidente fue motivado por los huracanes Emma y Frances con vientos de más de ciento veinte kilómetros. En la isla reina el desconcierto, no se sabe aún si hay sobrevivientes”.

Estaba desesperado, iba de un lado a otro caminando a saltos con la pierna enyesada. Me decía: “Ese era mi presentimiento, ¡Dios mío!
¿Qué será de Natalia?”

Pasé todo el día angustiado, repetían siempre las mismas noticias…

Estaba en la capilla subterránea. Saqué del bolsillo un recorte de periódico, miré la fecha: lunes 6 de septiembre

de 1976. La nave estaba tripulada por el Comandante Miguel Vázquez Ocanto, quien era Comandante del grupo de transporte No. 6 del Comando Aéreo de Operaciones. Guardé el recorte y de nuevo cerré los ojos. Escuché una voz: “Se tiene conocimiento que el avión siniestrado llevaba un grupo de jóvenes de la Universidad Central de Venezuela para participar en el Festival Internacional Día del Canto Coral a celebrarse en Barcelona, España”. Luego la noticia fatal: “El Hércules de las Fuerzas Aéreas se estrelló a los 38 grados 46 minutos de latitud Norte, 27 grados, 6 minutos de latitud Oeste. Lamentablemente no hay sobrevivientes. A bordo del avión iban 68 personas, de ellas 55 eran coralistas, 10 tripulantes y 3 invitados”. No quise oír más, fui a mi cuarto y lloré desesperadamente…

Volví a la realidad. Entró a la capilla una joven rubia con un ramo de claveles, el

aroma de las flores se esparció por el recinto, cuando pasó por mi lado sonrió, y vi sus ojos claros. Todo se llenó de una alegre música… Era un joropo… Las voces armoniosas entonaban:

Por si acaso yo no vuelvo, me despido a la llanera; despedirme no quisiera, porque no encuentro manera.

Los recuerdos vinieron otra vez. Me vi en el paraninfo de la universidad interpretando piezas clásicas y populares. Cerca de mí, los ojos azules y brillantes de Natalia.

Sentí que me invadía un bienestar y una paz tan grande que no sabía si era fantasía o era realidad. El coro seguía:

Si yo pudiera tener alas para volar: como tengo un corazón que sabe muy bien amar.

No sé si pasaron horas o segundos, había perdido la noción del tiempo, tenía esa beatitud de los cuerpos celestiales. A mi lado, todo daba vueltas: las flores, las luces… Ráfagas de niebla
me quitaron la visión de las cosas,
alguien estaba a mi lado,
era mi amada Natalia que había venido a mí».

Comentario

¿Qué es el destino? ¿Por qué existen las desgracias humanas? Esta historia real nos hace pensar en el destino. ¿Por qué fallecieron esos estudiantes venezolanos? Nadie puede responder con exactitud esta interrogante. Sin embargo, podemos considerar que la vida es así; como seres humanos estamos insertos en una realidad física, histórica, social. Esa realidad es cambiante y está condicionada a muchas variables. Una de ellas es el error humano, otra es la misma naturaleza que tiene sus propias leyes físicas, químicas y biológicas.

Ello significa que existen factores que no podemos controlar, aunque seamos prudentes. La incertidumbre forma parte integrante de la vida humana. Si no fuese así, no seríamos libres, dependeríamos absolutamente de factores inmóviles, de fuerzas externas que determinarían nuestra vida y nuestras acciones.

Ahora bien, si existen esos condicionantes, ¿podemos ejercitar plenamente *nuestra libertad? ¿Qué es, entonces, la libertad?* ¿Quién define nuestro destino? ¿Por qué dependemos tanto de factores externos? Se ha dicho muchas veces y de formas variadas que cada ser humano construye su propio destino.

¿Cómo compaginar esta afirmación con lo expresado antes *en relación con los factores determinantes? Cuando se afirma que el ser humano es quien construye su propio destino se está afirmando, al mismo tiempo, que sólo él es responsable de su vida, de sus acciones, de sus decisiones.*

Cuando apelamos al destino, entendido como algo ya predeterminado, estamos justificando nuestra irresponsabilidad. Echarle la culpa al destino (o a los demás), no es sino una manifestación de inmadurez; la madurez supone asumir todas las consecuencias de nuestras decisiones, aunque en nuestro accionar intervengan factores externos que limitan nuestra libertad. Este es el verdadero problema: saber con certeza cuándo obro por mí

mismo y cuándo obro dejándome coaccionar por factores externos. La respuesta sólo pueda darla cada persona en lo más profundo de su conciencia.

La cachucha

(Cuento)

Julio Garmendia

«Sentí verdaderamente gran satisfacción, el día en que fui presentado al hombre que conocía a *la Cachucha*.

-Es íntimo de la Cachucha, me había dicho mi amigo, el presentante.

-Con frecuencia andan juntos en automóvil, sobre todo, de noche.

“¡Ah!, pensé yo, ¡amigos de farra y mujeres! Son éstos los más íntimos e influyentes, y a éstos no se les niega nada”.

-Va a comer a su casa, prosiguió mi amigo.
-¡Nada menos!
Este era un hombre cuya mano anhelaba

yo estrechar, simulando no darle demasiada importancia al momento. Pero a través de aquella mano presentía yo el fluido, el misterioso fluido emanado de la Cachucha. ¡Qué gran Cachucha debía ser aquella! Y yo estaba en contacto, si bien indirecto aún, con ella y con todo lo que ella podía representar y significar para el presente y para el futuro.

-He tenido muchísimo gusto en conocerlo, dijo de repente el hombre que conocía a la Cachucha.

-Espero que nos veamos nuevamente uno de estos días. Ahora tengo que dejarlos. Debo encontrarme con... (aquí pronunció el nombre propio de la Cachucha), y temo estar ya retrasado.

-¡Por supuesto, dije yo con el mayor entusiasmo.
-Ojalá podamos vernos pronto un día de éstos, ¿verdad?

-¡Claro, dijo el hombre que conocía a la

Cachucha!
-Nos veremos uno de estos días con el amigo nuestro.

-¿El uniformado?, inquirí yo, creyendo que se trataba de la Cachucha misma en carne y hueso, si puede hablarse así, tratándose de una cachucha.

-Me refiero a nuestro amigo aquí presente, aclaró en seguida, disipando el fluido interior que ya se me había subido involuntariamente a la superficie.

Aquella misma noche, por un azar maravilloso, vi pasar al hombre en su automóvil silente y misterioso (esto me pareció), sentado ¡al lado de la Cachucha!

¡Oh, maravilla! Cuando el hombre que conocía a la Cachucha me saludó con un gesto de la mano, ¡la Cachucha también me saludó con esa rigidez de movimiento gestual propia de

algunos militares,
como conviene a una Cachucha de su importancia! ¡Me saludó como si fuéramos íntimos amigos! ¡Como si se tratase de un viejo conocido! Sentí de nuevo la corriente del fluido que procedía de la Cachucha
y que me llegaba a través del ademán
del hombre que conocía a la Cachucha.
Era prueba evidente de que ya le había hablado, probablemente de mí.

Yo tenía algunos negocios en cartera. Pero todos eran de ese tipo de negociaciones que jamás llegan a realizarse, y cuyos éxitos necesitan de influencias, de palancas, de discreta y eficiente protección, ¡de Cachuchas!, en una palabra. De modo que pocos días después, alentado por los saludos que nos cruzáramos en esa noche afortunada, escribí una esquela al hombre que conoce a la Cachucha, proponiéndole un encuentro para tratar algunos asuntos que podían interesarle, tanto a él personalmente, como a alguno entre sus importantes relaciones.

Ansiosamente esperaba la respuesta, cuando días después, leyendo con desgano las páginas del periódico, me enteré de lo que sigue:

“Antenoche fue finalmente detenido, por un agente especial que le venía siguiendo la pista, un sujeto que se valía de raras artimañas con el fin de hacerse pasar por un personaje muy influyente y altamente relacionado en los medios militares. Entre otras cosas, se le sindica de exhibirse por las noches, acompañado por un maniquí de uniforme y cachucha, en el interior de un potente automóvil”».

Comentario

La cachucha simboliza una realidad muy nuestra; alguna vez he escuchado decir que los venezolanos tenemos un cierto complejo de la cachucha. ¿Qué significa esto? Expresado en palabras sencillas, significa que todos llevamos dentro un deseo vehemente de mandar, de imponer nuestra voluntad por encima de todo. La cachucha se percibe como el poder militar que por muchos años se ha impuesto, no sólo en la política, sino en toda actividad pública venezolana. Pero la cachucha representa también la corrupción que impera en nuestros países, tanto en el ámbito estatal como en el privado. Cachucha tienen los gobernantes que, cuando llegan al poder, se olvidan de las promesas hechas al pueblo y centran su atención en sus ambiciones personales; cachucha tienen los gerentes de las grandes o pequeñas empresas que piensan que sólo ellos tienen la razón, despreciando las opiniones y criterios de sus subalternos; cachucha tienen los padres y madres que con argumentos

de autoridad imponen a sus hijos su forma de ver la vida, sin importarles lo que ellos piensen y deseen; cachucha tienen los empleados públicos cuando, por encima de cualquier razonamiento lógico, colocan su autoridad, a pesar de dañar con ello a los pobres ciudadanos que acuden a ejercitar su derecho a ser atendidos con dignidad; cachucha tienen los conductores que piensan que las calles y avenidas de la ciudad son para su uso exclusivo y, por ende, ellos tienen la prioridad en la circulación, pisoteando incluso las leyes de tránsito… Como podemos apreciar, es muy frecuente el complejo de la cachucha. ¿Cómo *podemos desterrar este complejo de la cachucha? No existe otro camino que el respeto a los demás.*

Fuentes

Acosta Sanabria, R. (2006) *Reflexiones de un educador en el inicio de un nuevo siglo. Optimismo a pesar de todo.* Caracas: Universidad Metropolitana.

Almoina, P. (1985) *Había una vez… veintiséis cuentos.* Caracas: Ediciones Ekare-Banco del Libro.

Armellada de, C. & Bentivenga de Napolitano, C. (1991) *Literaturas indígenas venezolanas*. Caracas: Monte Ávila.

Balza, J. (1990) *El cuento venezolano.*Caracas: Dirección de Cultura, UCV.

Congrains, E. (1967) *Cuentos Venezolanos*. Caracas: Instituto Latinoamericano de Vinculación Cultural.

Gallegos, R. (1959) *Obras selectas.* Madrid-Caracas: Ediciones Edime.
Cuento Venezolano. Caracas: Ministerio de Educación.

Pocaterra, J. R. (s/f) *Sus mejores cuentos*. Caracas: Ediciones Populares Venezolanas.

Rivera, C. (Ed.) (1986) *Cuentos de enredos y travesuras*. Brasil: Coediciones Latinoamericanas.

Robles de Mora, L. (2005) *Mitos y leyendas de Venezuela*. San Cristóbal: Ediciones Robledal.

Varios (s/f) *Satíricos y costumbristas venezolanos*. Caracas: Ediciones Populares Venezolanas.

Meneses, G. (Comp.) *Antología del*